

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

LA POLITICA EUROPEA EN LA CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE GRIMALDI

Tesis de Licenciatura

presentada por

Ma del Rosario Domínguez Be-
nítez.-

Ponente: Dr. D. Octavio Gil Munilla.-

Sevilla, 1957.-

= I N D I C E =
=====

INTRODUCCION :

- I. Un período en Revisión.- II. Monarca y Ministros en el Despotismo Ilustrado.-
- III.- Grimaldi en la Historiografía.....pg. 1.

CAPITULO I : GRIMALDI, EL HOMBRE Y EL POLITICO.

- I. La época de aprendizaje y el carácter de Grimaldi.- II. Carlos III y la neutralidad fernandina.- III. Las embajadas de Grimaldi.-
- IV. La primera etapa de Grimaldi como Ministro.- V. La segunda etapa ministerial.....pg. 9.

CAPITULO II : LA POLITICA INTERNACIONAL Y LA INTERPRETACION DE GRIMALDI.

- I. La correspondencia privada.- II. Valor historiográfico de la correspondencia.- III. Complemento bibliográfico.....pg. 25.

CAPITULO III : LOS PROBLEMAS RELIGIOSOS Y LAS RELACIONES CON LA SANTA SEDE.

- I. Defensa del regalismo.- II. El motín como ocasión.- III. La expulsión.- IV. Presión sobre el papado.- V. Clemente XIV y la Extinción.- VI. La lucha en el Cónclave

de 1774-5.....pg. 43.

CAPITULO IV : RELACIONES CON INGLATERRA.

I. El sistema europeo.- II. Preparativos para una posible guerra con Inglaterra.- III. Crisis de 1770.- IV. Resolución de la crisis.- V. Atirantamiento en las relaciones hispano-inglesas.- VI. Final de este período.....pg. 66.

CAPITULO V : LOS PROBLEMAS DE LA EUROPA ORIENTAL.

I. Iniciación de la guerra ruso-turca.- II. La época del Sistema Político Alemán.- III. Posible extensión de la Guerra.- IV. El arreglo, en perjuicio de polacos.- V. El canto del cisne turco.....pg. 91.

CAPITULO VI : EL REPARTO DE POLONIA.

I. La elección de Poniatowski.- II. El alzamiento polaco y la intromisión extranjera.- III. Razón de estado y razón ética del problema polaco.- IV. La reacción ante el "Gran Latrocinio".- V. La consumación del reparto...pg. 111.

CAPITULO VII : LA CUESTION AFRICANA.

I. Las primeras embajadas.- II. El plantea-

miento del conflicto.- III. La declara-
ción de guerra.- IV. La expedición a Argel....pg. 124.

EPILOGO : LA CAIDA DE GRIMALDI.....pg. 137.

-----))&((-----

I N T R O D U C C I O N

I. Un Período de Revisión.-

El indudable interés que ofrece el reinado de Carlos III y, dentro de él, la época que media entre la caída de Esquilache y el ascenso de Floridablanca, ha determinado la elección de este tema para la elaboración de una tesis de Licenciatura. La década de 1767 a 1777 recoge las consecuencias del sistema de equilibrio europeo y, a su vez, inicia la era de las revoluciones, que acabará con el sistema establecido, "L'Ancien Régime", para dar paso a una concepción nueva del Estado y de la Sociedad que solamente en nuestros días ha periclitado.

En España, durante estos años, va a cambiar de orientación el gobierno de Carlos III, el mejor de los Borbones españoles. En este tiempo, la política del despotismo ilustrado llegará a su punto cumbre, señalando una orientación que pudo haber sido extraordinariamente fructífera. Pero cuando el Rey muere, su obra carece de continuidad y el rei-

nado de Carlos IV, su hijo y sucesor, desembocará aparatosamente, en la Guerra de la Independencia.

Hasta entonces, gracias al sistema del equilibrio europeo, se había mantenido un cierto statu quo entre las potencias. Desde esta época, al mismo tiempo que, en el exterior se rompe el equilibrio, en el interior de los países europeos aparece el tercer estado, que hasta aquél momento había permanecido apartado del poder, y que en el futuro intervendrá vivamente hasta que, después de la revolución francesa, típico movimiento de la burguesía, se convierte en el motor fundamental de la política.

Este decenio es un período, pues, crítico y a la vez, un momento histórico que se encuentra en revisión.

Por lo que se refiere a España, sobre el reinado de Carlos III, hay una extensísima bibliografía. Desde el Conde de Fernán Núñez hasta nuestros días, las historias del Rey Carlos no han dejado de acumularse; pero quizás esto mismo sea una de las dificultades mayores con que se tropieza al estudiarlo.

Carlos III, piedra de escándalo para muchos, no fué el mal monarca que quieren presentar sus detractores, ni el semidiós que pretenden algunos de sus interesados y unilaterales panegiristas. Carlos III fué un gran hom-

bre y un gran rey. Con defectos y virtudes, como todo hombre, pero que logró dar a España un gran impulso político, unas nuevas posibilidades sociales y un alto nivel cultural.

Conviene, por tanto, para encajar -con casi dos siglos de alejamiento y sin la pasión del partidismo- la obra de este monarca, investigar directamente sobre las fuentes y elaborar de nuevo la Historia estudiando los documentos primigenios. Y esto sin necesidad de adscribirse al entusiasmo exagerado que hacia Carlos III demuestra Fernán Núñez (1), o manifestar un menosprecio total hacia la persona del Rey, como el que denota Vicente Fuentes(2).

En esta época, que es ahora objeto de numerosos y documentados estudios, se señala uno de los momentos más interesantes de la Historia de España.

II. Monarca y Ministros en el Despotismo Ilustrado.

Si la figura principal de este reinado, la del Monarca, está rodeada de una bruma espesa, producida por la acumulación de interpretaciones opuestas de los hechos históricos, que impide vislumbrarla con claridad, lo mismo

(1) FERNAN NUÑEZ, Conde de: "Vida de Carlos III", Aguilar editor. Madrid, 1944.

(2) FUENTES, Vicente: "Historia de las sociedades secretas". Lugo, 1870.

ocurre con las de los ministros, con quienes gobernó Carlos III.

Los monarcas representativos del Despotismo Ilustrado, sin preocupaciones estamentales, se van a rodear de aquellos hombres que consideren más idóneos para desempeñar los específicos cargos de gobierno. Es el momento histórico en que la burguesía va a reemplazar en el poder a la nobleza de sangre. El Rey ya no buscará como ministros a aquellos nobles que por su linaje tienen "derecho" a desempeñar determinados puestos, sino que buscará los hombres apropiados para cada caso. De aquí la creación de una nueva nobleza, la del mérito. Carlos III crea la Orden de su nombre, equiparada a las más altas distinciones anteriores, con la que recompensará el mérito en el servicio. Y así es como la clase media irá interviniendo, de manera cada vez más activa, en el gobierno político del país.

Cuando Carlos III llegó a España no era un monarca inexperto, que llega al poder sin tener las más elementales nociones prácticas de gobierno. El Rey Carlos venía de reinar en Nápoles. Su labor allí había sido inmejorable. Al llegar al Reinado en las Dos Sicilias había encontrado "un pueblo pobre, víctima del feudalismo y esclavo del clero y de la nobleza, y (al marcharse) dejaba un pueblo feliz y venturoso, redimido del poder feudal y de

la corte romana y dueño ya de sus destinos". (3). Por lo tanto sus años de gobierno en Nápoles lo habían formado, permitiendo que cuando llegue a España, el rey se encuentre en su plenitud como hombre y como gobernante.

Como buen soberano de su época, Carlos III utilizó como ministros a aquellos hombres que le parecieron más aptos para desempeñar las funciones de gobierno que les iba a encomendar. Entre ellos eligió a Esquilache directamente para ministro y a Grimaldi, que desempeñaría antes de serlo diversos puestos en la diplomacia, y cuyos méritos eran sobradamente conocidos por el nuevo Rey.

Grimaldi, cuando llega al ministerio, Tanucci y Choiseul, forman la trilogía ministerial que mantiene unida la dinastía Borbón, en sus tres ramas de España, Italia y Francia. Los tres ven en los Borbones un lazo dinástico que, al unir las respectivas naciones, robustecerá su poder frente a la fuerza de sus enemigos.

En lo que se refiere a la propia España, de los dos ministros extranjeros de Carlos III, Grimaldi y Esquilache, el más importante, por la duración de su ministerio y por la trascendencia de su labor, será Don Jerónimo de Grimaldi, Marqués de Grimaldi.

(3) DANVILA Y COLLADO, Manuel: "Reinado de Carlos III", Madrid, 1891, Tomo I, pg. 372.

III. Grimaldi en la Historiografía.

En el esfuerzo revisionista de este reinado, que se está llevando a cabo, la figura de Grimaldi carece de una bibliografía. Es esto tanto más extraño cuanto que es de vital importancia el personaje, no sólo en la Historia de España, sino en la de Europa. Aparece efectivamente este político relacionado con sus más prominentes contemporáneos extranjeros durante sus embajadas, o a lo largo de su actuación en la Secretaría de Estado, y con todos los políticos españoles en la solución de las más importantes crisis internas: en una palabra, interviene en todos los asuntos trascendentales de su época.

Parcialmente sí que aparece Grimaldi en todas las Historias de su tiempo. Por esta causa sería menester estudiarle en una biografía, destacando su importancia histórica y poniendo en claro algunos puntos que no están suficientemente estudiados.

En distintas monografías, relacionadas con la época que le tocó vivir, se habla algo de Grimaldi.

Palacio Atard trata de él, al estudiar el Tercer Pacto de Familia (4), en cuanto que Grimaldi fué el encargado

(4) PALACIO ATARD, Vicente: "El Tercer Pacto de Familia". Madrid, C.S. de I.C., 1945.

de firmar por parte de España en esta importante alianza. El genovés tuvo una parte importantísima en la negociación de este pacto, que, después, condicionaría nuestra política internacional y nuestras relaciones diplomáticas.

Rodríguez Casado (5) lo estudia en relación con la política hispano-marroquí, cuyas consecuencias, a raíz de la desastrada expedición a Argel, motivarían la deposición del Ministro genovés.

Ferrer del Río (6) le dedica algunas líneas en su Historia, y Danvila y Collado (7), como en general todos los que se ocupan de este reinado, no pueden por menos que citarlo repetidas veces. Hay pues, aunque disperso, material publicado suficiente, para reconstruir básicamente la biografía de Don Jerónimo de Grimaldi.

A esta tarea ayuda poderosamente, para cierto período de su vida, su correspondencia oficial. El Marqués de Grimaldi, como Secretario de Estado, sostuvo, obligado por

-
- (5) RODRIGUEZ CASADO, Vicente: "Política Marroquí de Carlos III", Madrid, 1946.
- (6) FERRER DEL RIO, Antonio: "Historia del Reinado de Carlos III en España". Madrid, 1856.
- (7) DANVILA Y COLLADO, Manuel: Ob. cit.

por su cargo, un extenso epistolario con los principales personajes de su época. Con ciertos ministros, como Choiseul o Tanucci -éste sobre todo-, mezcla en su correspondencia los términos diplomáticos con los amistosos.

En estas cartas oficiales brotan los asuntos políticos con gran prolijidad. Algunos puntos son de escásimo interés; otros sin embargo, son de interés extraordinario. Pero un epistolario de tal magnitud forzosamente se tiene que encontrar, como se encuentra, disperso por distintos archivos, bibliotecas, colecciones particulares, etc., etc.

Parte de estas cartas han sido utilizadas por Danvila, Bourguet, Peñaranda, Rodríguez Casado, Palacio Atard, etc., En general han sido vistas la mayor parte de las oficiales que se conservan; pero aún queda una parte de su correspondencia por utilizar, el epistolario particular, que más tarde se ha de tratar aquí.

.-----: o O o :-----.

C A P I T U L O I

GRIMALDI: EL HOMBRE Y EL POLÍTICO.-

Don Jerónimo de Grimaldi, Marqués de Grimaldi, es una figura que merece la mayor atención por su indudable interés en la política universal del siglo XVIII, de la que es uno de los agentes principales.

I. La época de aprendizaje y el carácter de Grimaldi.

Nacido en Génova en 1709, de familia noble y acomodada, al principio de su vida vistió hábitos eclesiásticos. Hombre de formación íntegra y de notable cultura, se puede decir que toda su vida transcurrió en España o al servicio de España en las cortes extranjeras.

Llegado a nuestra patria en el año 1734, cuando contaba veinticinco de edad, permaneció directamente ligado a la política de los Borbones españoles hasta el año de 1777, en que partió como Embajador a Roma. Tal Embajada sería la única unión que Carlos III podría mantener con su ministro, después del fracaso de éste en la Guerra de África.

Los juicios de los historiadores sobre Grimaldi han sido muy diversos. Los criterios peyorativos pueden redu-

cirse a que era de carácter apocado, hombre que no se determinaba rápidamente a la acción. Pero tal psicología es completamente explicable en quien, por su condición de extranjero se veía obligado a medir cada uno de sus pasos con cuidado exquisito, sobre todo a partir del Motín de Esquilache.

Gozó en alto grado de la estimación de Felipe V, que ya en 1746 le encargó en Viena la gestión de la paz con Austria, a espaldas del rey francés. Era una misión delicada que Grimaldi cumplió a plena satisfacción del monarca.

Años más tarde, a la muerte de Fernando VI, Grimaldi se encontraba en España. El nuevo Rey, Carlos III, al tomar posesión del Trono, seguirá utilizando los servicios del diplomático italiano.

Durante la época en que Grimaldi está en España, hasta 1776, el Gobierno de Carlos III es un gobierno personal del Rey. Realmente mientras Grimaldi fué Secretario de Estado no existió la menor sombra en la autoridad del monarca. Son los años de plenitud de Carlos III, y el italiano, que es político por naturaleza, "al frente de los golillas, se inclina siempre ante la autoridad real, aceptando en apariencia sus resoluciones, pero con el deseo

tenaz y ferviente de imponer sus puntos de vista" (8).

Ministro representativo del Despotismo Ilustrado, el genovés había adquirido ya con sus embajadas una fuerte formación para desempeñar un puesto tan delicado como el de Secretario de Estado, para el que fué elegido en 1774. Un contemporáneo anónimo, decía de él en el mismo año: "Tiene mérito y celo, con muchos conocimientos. Ha adquirido en sus embajadas una gran reputación... Este ministro, aunque genovés es franco, sin mala intención y lleno de deseos justos y honestos" (9).

Esta es la opinión que de él tenía un hombre de la época, opinión que habla muy alto de los méritos de un ministro que "nunca antepuso al interés español ningún otro" (10).

A pesar de reunir tales condiciones de lealtad, por su carácter de extranjero, fué siempre mirado con recelo por el pueblo de Madrid, recelo que fomentó sin duda el partido Aragonés, encabezado por Aranda, hombre de carácter fuerte, que deseó siempre el puesto de Secretario

(8) RODRIGUEZ CASADO, Vicente: Ob. ^{"Política Marroquí..."} cit., prólogo, págs. XIII y XIV.

(9) PALACIO ATARD, Vicente, citado por: "Hispania" tº XXX. pág. 507.

(10) PALACIO ATARD, Vicente: "El Tercer Pacto..." pág. 115.

de Estado y nunca logró escalarlo, porque Carlos III lo apreciaba en su valor, pero prefería tenerlo alejado de la Corte, donde chocaba continuamente con el Monarca. Grimaldi y Aranda serán los dos personajes que tengan más interés en la primera parte del reinado del monarca Carlos. Las anteriores consideraciones dan la pauta de lo que en realidad era Don Jerónimo de Grimaldi: un político por excelencia, adaptable a las concepciones del Monarca, que sabía amoldarse a las órdenes del Soberano, sin ocultar por ello sus puntos de vista, que expone al Rey sus opiniones, sin querer no obstante monopolizar los asuntos frente a la ingerencia del Soberano.

II. Carlos III y la neutralidad fernandina.

Cuando Carlos III sube al poder, se encuentra con los frutos del reinado de su hermano Fernando VI, cuya política se había regido siempre por el sistema de la más completa neutralidad política exterior, con el propósito de aprovechar el tiempo para mejorar la Hacienda y el nivel de vida de la nación.

Pero los resultados, basados en el supuesto del mantenimiento del equilibrio en Europa, no habían sido del todo satisfactorios. Al tomar Carlos III las riendas del poder, España atraviesa una situación crítica. "Urgía po-

ner en buen estado nuestra propia casa y revisar la política de neutralidad fernandina que no había llenado sus objetivos" (11). Efectivamente, aparte de los asuntos internos y del "orden de la propia casa", la guerra entre Francia e Inglaterra hacía peligrar el sistema del equilibrio europeo. Si los acontecimientos seguían su curso normal, las riendas del poder iban a pasar a los ingleses, que podrían regir la política mundial como dueños de la nación más potente.

En esta situación, tanto los ingleses que buscan con la pretendida ayuda española un rápido desenlace, como los franceses -que necesitan el apoyo español para no ser derrotados-, intentan atraer al rey Carlos a su respectivo bando contendiente. Más, por su parte, el Monarca español, antes de comprometerse a nada, tenía que averiguar cuál era el verdadero estado de la nación española. El resultado de sus indagaciones llevó a Carlos III al convencimiento de que "la Monarquía es pobre y necesita muchos años de paz y tranquilidad para volver a su primitivo estado" (12).

(11) GIL MUNILLA, Octavio: "El río de la Plata en la política internacional". Sevilla, 1949, págs. 45 y 46.

(12) GIL MUNILLA, Octavio: Ob. cit. pág. 47.

Aunque, tras las investigaciones de Palacio Atard, no permanece ya desconocido para los historiadores, conviene señalar que la primera actitud que adoptó el Monarca al ocupar el Trono de España, fué el intento de conciliar a las potencias beligerantes en la Guerra de los Siete Años. Para ello emprendió una acción mediadora entre ellas.

La Guerra de los Siete Años, frente a lo que tantas veces se ha dicho, no nos era ajena. El interés de España en esta terminación de la guerra, se debía al peligro que para nuestras posesiones en América suponían los triunfos ingleses en el Nuevo Mundo. Y así, cuando llegó la noticia de la ocupación de Quebec por los ingleses, que representaba la expulsión francesa de Norte América y la aparición de Inglaterra como único y potente enemigo, fué necesario adoptar cuanto antes una decisión, "y el rey decidió aparecer como mediador en el conflicto; pero mediador interesado" (13).

Por otra parte, la situación en aquellos momentos era propicia a la paz. A finales de 1759, Francia estaba sufriendo una serie de derrotas que le obligaron a desear

(13) GIL MUNILLA, Octavio: "El Río de la Plata...", pág.50

la pronta terminación del conflicto, antes que la guerra terminase en desastre definitivo. En Inglaterra, las finanzas, las peticiones de Prusia y del partido de la oposición, hacían también deseable la terminación de las hostilidades.

Sin embargo, la mediación que ofreciera Carlos III fué rechazada. A los franceses les interesaba más una alianza con España, y los ingleses miraban con recelo a este rey Borbón. Cuando Pitt rechazó la mediación del monarca español, diciéndole que se iba a convocar una próxima reunión en La Haya, el Rey contestó que: "lejos de ofenderse, se alegraría si la paz se ajustaba por otros medios" (14).

III. Las Embajadas de Grimaldi.-

En estas circunstancias, Carlos III envió a Grimaldi a La Haya. "Cuando los rumores de paz se tradujeron en la reunión de un Congreso en Augsburgo, el Rey dispuso que Grimaldi pasase a La Haya, pues era necesario que no se hiciese la paz sin él" (15). La intervención espa-

(14) WALL A ABREU, 2 abril 1760. A.H.N. Estado 4.266
(Cit. Gil Munilla).

(15) DANVILA Y COLLADO, Manuel: "Historia del...", to II,
pág. 180.

ñola en las negociaciones era precisa porque, como dice el mismo Monarca en sus instrucciones, Grimaldi debía ser "ce-lador vigilante del curso de la negociación, de que por ningún caso se mezclen en ella proposiciones que me perjudiquen; y que sin mostrar gana sino vendiendo mérito, os dejen tomar el carácter de interbentor, de forma que si llegase a buen término sea y firméis, como mediador; y sí, al contrario, no os expongáis ni comprometáis públicamente como tal" (16).

Llevó su difícil encargo Grimaldi con tal precisión que, cuando acabadas las negociaciones, el Embajador de España en Francia, Conde de Masones, pidió ser retirado, se pensó en Grimaldi, cuyo prestigio como hombre y como diplomático era suficientemente conocido, para que lo sustituyese en tan importante puesto. Y, en consecuencia el día 11 de febrero de 1761, Don Jerónimo de Grimaldi llegó a París y tomó posesión de su nuevo cargo.

La Embajada en París era en aquellos momentos de una trascendencia excepcional, porque Carlos III, viendo que sus intentos de conseguir una solución pacífica por medio de arbitrar las diferencias entre las naciones belige-

(16) Instrucciones de S.M. a Grimaldi; 26 de Marzo 1760. A.H.N. Est. 4098 (cit. Gil Munilla).-

rantes había fracasado, pensó en la manera de conseguir el medio por el cual pudiese intervenir entre Francia e Inglaterra y lograr, sobre todo, que el sistema establecido en Utrech, el equilibrio americano, no se rompiese.

Pero la política amistosa hacia Francia no impide que el Monarca, preocupado por su objetivo fundamental, lograr la paz, se oriente al mismo tiempo hacia Gran Bretaña. Por eso Carlos III negocia con Inglaterra, procurando encontrar el modo de arreglar las diferencias entre ambas naciones. Estos deseos de aproximación hacia los ingleses señalan un nuevo período en la política del Monarca. Pero muy pronto se convencen los españoles de que en Inglaterra no hay nada que hacer. Si a esto se añade que el Conde de Fuentes, nuestro Embajador en Londres, menosprecia las posibilidades de resistencia de los ingleses, se comprenderá mucho mejor la posterior firma del Tercer Pacto de Familia.

Sin embargo Carlos III juzgará que hay una doble posibilidad. "España hasta Marzo de 1761, estará atenta a la posibilidad de una solución viable con Inglaterra y a las condiciones favorables de una alianza con la nación francesa" (17).

(17) GIL MUNILLA, Octavio: "Ob. cit. pág. 57.

Precisamente, en relación con la segunda posibilidad, para conseguir esta alianza con Francia, es para lo que envían como Embajador a Grimaldi, más capacitado que Masones para el desempeño de tan delicada misión. El peligro de que Francia e Inglaterra llegasen a entenderse y de que, entonces, nuestras posesiones en América peligrasen aun más de lo que peligraban, hizo que Carlos III decidiese por fin firmar un acuerdo, para el cual el genovés llevaba ya instrucciones concretas al salir para su misión en el extranjero.

Grimaldi en París va a tener ocasión de llevar a cabo una de las acciones de más importancia en la historia diplomática de la España moderna: la firma del Tercer Pacto de Familia. Durante bastantes años la política española estaría influida por este Tratado que, pese a su equívoco nombre, era mucho más político que familiar. Ni el Monarca, ni siquiera el propio Grimaldi, que durante toda su vida tuvo cierta tendencia a lo francés, hicieron nunca política filofrancesa, sino que siempre realizaron una política profundamente española.

Como consecuencia del Pacto de Familia, y apenas firmado éste, España se vió envuelta en la Guerra con Inglaterra, que el Monarca español había intentado evitar primero y que ahora era considerada como el mal menor.

La intervención española, tan breve como desafortunada, terminó con el Tratado de Fontenoy, que sería ratificado en la Paz de París, el 10 de Febrero de 1763. Grimaldi español, Choiseul, francés, y Bedford inglés, fueron los delegados de las tres naciones para la firma de la paz.

IV. La primera etapa de Grimaldi como Ministro.-

Su misión en París permitió que, cuando Wall, primer Secretario de Estado de Carlos III, hubo de ser sustituido, el Monarca pensase en Don Jerónimo de Grimaldi como nuevo Secretario de Estado.

El Conde de Fuentes, nombrado Embajador en la Corte francesa, llega a París en el mes de Octubre del mismo año 1763 y Grimaldi, una vez que ha dejado ya a su sucesor en la Embajada, parte para España donde, el mes de Febrero del año siguiente, toma posesión de su Secretaría. Este primer año de su gestión carece de acontecimientos relevantes.

En 1765, para premiar sus servicios, el Rey le concede la Orden del Toisón de Oro. En este mismo año se había casado el Príncipe de Asturias con la Infanta de Parma

y el casamiento se había celebrado con el acostumbrado esplendor.

En 1766, tras algunos años caracterizados por las malas condiciones en que se desenvuelve la agricultura y cuando ya se esbozaba la política social de Carlos III, se produce el célebre Motín de Esquilache. En el Motín, las turbas no sólo fueron contra Esquilache, sino que, de rechazo, atacaron a Grimaldi. De una manera incongruente los amotinados apedrearon los faroles del alumbrado público que este último había ordenado poner en las calles de Madrid; y en los versos que corrían se le tachaba, como si fuese un insulto, de genovés y de haber querido urbanizar la ciudad. Dánvila y Collado asegura que con objeto de realizar el motín se había formado una sociedad secreta "que lo que habían de pedir era la cabeza de Squilache, y si hubiese cooperado la de Grimaldi y así lo juraban ejecutar" (18).

El Rey hubo de acceder a la sustitución de Esquilache; aparentemente el motín había triunfado, pero una vez calmados los ánimos y superado el momento de peligro,

(18) DÁNVILO Y COLLADO, Manuel: Ob. cit. tº II, pág.312

Carlos III ordenó que se abriese una investigación para ver quiénes habían sido los promotores del levantamiento. De la investigación fué encargado uno de los hombres más capaces de la época: Campomanes.

Campomanes, tras las indagaciones hechas, presentó a los Jesuitas como los principales promotores del Motín. Grimaldi, en consecuencia, actuó contra ellos y fueron tomadas las medidas pertinentes para la expulsión. Esta se realizó a la vez en todos los territorios de la Corona española, el 27 de Febrero de 1767.

Más tarde, muerto Clemente XIII, su sucesor Clemente XIV, extinguió la Compañía de Jesús, el 21 de Abril de 1773.

¶ Pero el Motín había dado algunos frutos: Había entrado a formar parte del Gobierno el Conde de Aranda, del partido Aragonés y enemigo de Grimaldi, que pertenecía al de los golillas. Así nace una rivalidad que terminará con la caída de Grimaldi.

V. La segunda etapa ministerial.

Entre las dos señaladas fechas jesuíticas (expulsión y extinción), se ha suscitado la cuestión Malvina, que

representa una grave crisis para España. El problema se plantea en 1770 y Francia, cuando ya la guerra contra Inglaterra que usurpa las islas está casi declarada, retira la ayuda a la que estaba obligada por el Pacto de Familia, obligando al Gobierno español a desautorizar la actuación de las autoridades americanas y a presentar excusas por los acontecimientos.

Este suceso marca el comienzo de un declive grimaldino que se aceleraría con el planteamiento de un nuevo problema.

Las relaciones con Marruecos, que se habían mantenido en un plano extraordinariamente amistoso desde el comienzo del reinado de Carlos III, se truecan en relaciones hostiles en 1774, cuando el Sultán declara la guerra a España y ataca los presidios españoles en África.

Grimaldi, interviniendo activamente y como fruto de una gestión personal, consigue que O'Reilly, General bien probado en América, sea enviado contra los marroquíes. "El Marqués de Grimaldi y el Conde de O'Reilly, como extranjeros, tenían muchos émulos y enemigos, y el primero que, cuando el tumulto estuvo muy expuesto a perder su empleo, como Esquilache, labró en esta expedición el principio de su ruina" (19).

(19) FERNAN NUÑEZ, Conde de: "Vida de..." pág. 219.

El desastre de Argel, que nadie podía esperar, tiene lugar el 7 de Julio de 1775, y provoca la indignación popular contra Grimaldi, a quien se acusa como culpable de él. Como a la vez, en la camarilla del Príncipe de Asturias se intriga contra el Secretario de Estado, Carlos III se vé obligado a intervenir, reprendiendo a su hijo y consiguiendo que Grimaldi, salvada esta grave crisis, continúe en su puesto.

Pero la solución no es estable ni firme. Por la misma época, comienza una serie de choques con Portugal, y Grimaldi, cansado ya de la política y acometido virulentamente por Aranda, presenta su dimisión en 1776, casi al mismo tiempo que Tanucci, el otro gran servidor de los Borbones, presentaba la suya en Nápoles.

Carlos III no tuvo más remedio que aceptar la dimisión y, como retiro, le concede la Embajada en Roma, donde estaba Moñino, nombrado recientemente Conde de Florida-blanca. Este pasa a ser Secretario de Estado, en sustitución de Grimaldi. Con ello el partido aragonés queda decepcionado, al subir otro golilla a esta Secretaría.

En los meses que siguieron, aún desplegó cierta actividad Grimaldi en España, antes de partir a Roma. En efecto se entrevistó con Lee (7 Febrero 1777), con cuya

entrevista se enlaza la cuestión de la ayuda a las colonias norteamericanas y la segunda guerra con Inglaterra.

Con el traslado de Grimaldi a Roma, termina un período de la Historia de España.

.-----:o O o:-----.

C A P I T U L O I I

LA POLITICA INTERNACIONAL Y LA INTERPRETACION DE GRIMALDI.-

El propósito de este trabajo es dar a conocer esa correspondencia, no utilizada, en lo que se refiere a los problemas que tocan estas cartas y lo interesante que resulta comparar la visión de Grimaldi con la evolución de la política mundial experimentada en aquellos tiempos, justifican su estudio.

Efectivamente, son los años^{en} que se disolvía la Compañía de Jesús, siendo la Casa de Borbón la que con más interés propuso esta expulsión, y luchó después por conseguir su extinción como tal orden religiosa. Es el momento en que los turcos y los rusos, sostienen una larga guerra en la que las demás potencias, asustadas por la preponderancia que iban adquiriendo los rusos, intervendrían para conseguir un arreglo. Es el tiempo en que, como consecuencia de la guerra ruso-turca, y para resolverla a gusto de las naciones poderosas, se decide el primer reparto de Polonia, que causa el asombro del mundo occidental, pero que, aunque todos lo lamentan, nadie lo impide.

Es la época en que el sistema de política europeo se rige por una serie de alianzas que cambian en lo accidental pero no en lo esencial. Por una parte está la alianza borbónica, núcleo compacto ante las otras naciones. Por otra Inglaterra, eterna rival de Francia, que

formará siempre filas con los enemigos de esta nación.

Es la etapa en que, en Europa se va fraguando la unidad alemana; mientras, en América, los colonos ingleses comenzaban su lucha por la independencia, anunciando el cambio total del sistema establecido hasta entonces. Eran en una palabra los prolegómenos de una nueva era.

En estas circunstancias escribe Grimaldi a su corresponsal Bucarelli. Escritas de puño y letra de los interesados las cartas son confidenciales, y en ellas trata Grimaldi todos los asuntos que se plantean, tanto nacionales como internacionales, opina sobre ellos y recibe las contestaciones de su buen amigo.

La correspondencia es copiosa, las cartas se extienden desde el 26 de mayo de 1767 hasta el 28 de abril de 1777, y los asuntos que trata son muchos y variados, naturalmente en visión panorámica y no con demasiado detalle.

Gran parte de los temas tratados se refieren a América, hecho natural por tratarse de un epistolario entre un ministro y un representante de la corona en el Nuevo Mundo. Tales temas americanos son variadísimos; la cuestión Malvina, asuntos de orden económico, nuevos descubrimientos geográficos, viajes con fines científicos...; hablan de todo esto que es asunto capital en el

siglo XVIII, siglo en que las preocupaciones filantrópicas hacen emprender expediciones como la de la vacuna, de la que también se habla.

Otros aspectos americanos aparecen al expresar el temor de encontrar establecimientos rusos en el Nuevo Mundo, originado por una carta publicada por la Zarina, que anunciaba estos establecimientos en América.

Se habla, igualmente, de la guerra de la Independencia de las colonias norteamericanas, de nuestro interés en ayudar a su independización y del peligro que esta ayuda pudiese traer a España...

Pero de todos los puntos referentes a América se va a prescindir en este trabajo. Sólo interesan, de momento, aquellos que conciernen a Europa. Un trabajo posterior, ya iniciado, recogerá todos estos temas americanos.

En lo que se refiere a Europa, Grimaldi, en sus cartas, pone al corriente a su corresponsal de todos los asuntos de mayor o menor importancia que van ocurriendo. Con él comentaba los cambios de política inglesa, las alianzas entre estados, las intrigas palaciegas, y a todo contestaba Bucarelli y pedía más y más noticias. Este intercambio, resulta comprensible si se tiene en cuenta que el

Virrey de Méjico estaba separado de Europa por un ancho océano que tardaban los barcos en cruzar, cuando menos, un mes largo.

Las noticias que aparecen en las cartas tienen valor de primerísima mano, por la especial circunstancia de que Bucarelli, por su cargo, necesitaba estar enterado de los acontecimientos, especialmente de los ingleses, con la mayor brevedad posible. Si se tiene en cuenta que el Virrey de Méjico necesitaba saber estos acontecimientos para tomar providencias, se vé cuál era la ventaja de Bucarelli al tener un cordial amigo en la Secretaría de Estado, que le transmitía las noticias de los acontecimientos de Estado y la orientación que los asuntos europeos seguirían, o al menos la que en España se creía iban a seguir.

La situación de América, que constituye un mercado apetecible por sus riquezas, es uno de los motivos que mueven la política europea de este período. Cualquiera acontecimiento de Europa podía repercutir inmediatamente en el Nuevo Mundo. Es más, muchas veces es en ésta donde comienzan las hostilidades que luego se reflejarán o no en Europa, según vean las naciones la posibilidad de emprender una guerra. Este caso se dá en varias ocasiones; así tenemos, entre otras, la cuestión Malvina y las incursiones portuguesas en el río de la Plata.

Por todas estas circunstancias, es natural que Grimaldi tenga el más exquisito cuidado en tener al corriente de los menores acontecimientos a Bucarelli, No sólo de los que ocurren, sino de los que podían ocurrir: así cuando anuncia constantemente sus temores de guerra con Inglaterra, cuando vé un peligro en la recuperación de Suecia, que está a punto de acarreár una guerra europea que se reflejaría en América... Los cambios de gobierno ingleses son anunciados con antelación para que Bucarelli obre en consecuencia con las noticias que van llegando sin cesar.

Todas estas precauciones eran muy necesarias para evitar posibles errores que aun con esto se producen, Tal es el caso de la cuestión Malvina, que una vez llevada a cabo, el gobierno de Madrid tuvo que deshacer y presentar disculpas por la ejecución de una acción necesaria y justa.

Al temor de que al Virrey se le pudiese pasar por alto algún detalle importante, se debe la monotonía en la repetición de noticias, porque el ignorar alguno de estos acontecimientos podía causar algún quebranto.

II. Valor Historiográfico de la Correspondencia.-

Son pues numerosos los asuntos europeos que desfilan por estas cartas. De aquí que podamos deducir de ellas la visión europea de Grimaldi.

La correspondencia tiene necesariamente que ser verídica, porque sería absurdo pensar que se tratase de engañar en ella a un hombre que debía estar bien enterado de los acontecimientos políticos para saber cómo tenía que llevar a cabo su actuación gubernamental.

La correspondencia, es, por otra parte, fuente de primerísima mano, en la que se anuncian las negociaciones y cambios en los sistemas existentes, aun antes de que se realicen. Y por último, por ser una correspondencia privada, no está disfrazada la verdad por el temor de que se enterasen personas extrañas.

La visión de Grimaldi de los acontecimientos, quizás no sea exacta en todos sus puntos; tal vez en muchos de ellos se encuentre equivocado; Pero siempre es interesante saber lo que pensaba un hombre, con información oficial, en los asuntos de su tiempo, sobre los acontecimien-

tos, ^{Al equivocarse} lo hace por exceso de celo en preveer aquello que puede ocasionar algún cambio en Europa: así los repetidos temores de rompimiento de paz, etc...; pero esto se verá con mayor extensión en la parte concerniente al núcleo de la tesis.

Por otra parte, no todos los asuntos son tratados con la misma extensión, hay algunos que apenas si son tocados pese a su importancia, como ocurre con la guerra de África; pero esto se debe a que dicha guerra no fué vista por Grimaldi con la suficiente claridad en ningún momento de su desarrollo; esto precisamente provocó su caída.

Hacer historia de los acontecimientos políticos es fácil, porque por los resultados se puede saber si la política fué acertada o estuvo equivocada; pero hacer política, opinar sobre lo diario, predecir los acontecimientos y procurar adelantarse a los sucesos para remediar, si es posible, los acaecimientos de ellos, esa labor es más árdua y mucho más dada a error.

Esto es lo que hace Grimaldi. Debemos tener en cuenta que no fué un profeta, fué un político, y su labor proporcionó a España numerosos beneficios... En sus cartas muchas veces anuncia hechos que después no se rea-

lizan, mientras otros se realizan sin que él los haya siquiera vislumbrado. Con todo, nos dá una visión muy al día de aquellos acontecimientos y los pone ante nuestros ojos con más vigor, alcanzando a dar una clara idea de la Europa de su tiempo.

III. Complemento bibliográfico.-

El tema de esta tesis, cartas particulares e inéditas de un ministro, no exige propiamente ninguna bibliografía, ya que en las cartas se obtienen todos los datos que nos son necesarios. Sin embargo, para ambientar los acontecimientos, que se van desarrollando a lo largo de esta correspondencia, se han utilizado algunas fuentes impresas.

Sobre este período hay multitud de obras. En este trabajo se han consultado sólo algunas, con lo que queda aclarado que esta bibliografía no es, ni mucho menos, exhaustiva, sino sólo la indispensable para presentar una visión de conjunto en la que encajen los acontecimientos narrados por Grimaldi.

Entre las fuentes utilizadas, aparte de la correspondencia, que naturalmente es la que dió origen a este

estudio, hay que citar algunas obras tanto de carácter general como particular de España.

Para tener una idea general, como visión del conjunto del panorama europeo en el tiempo que nos ocupa, se ha consultado la obra de Halphen y Sagnac (21), obteniendo así una visión donde encajar los distintos hechos.

De las distintas naciones también se han visto algunas historias particulares, para aclarar puntos oscuros y ver consecuencias dimanadas de los distintos sucesos desarrollados. Así, sobre Rusia se han elegido las obras de George Vernadsky (22), de Brian Chauinov (23) y de Alberto Falcionelli, entre otras (24).

Sobre Alemania se ha consultado la Historia de Lafue, Pierre (25), interesante en lo que se refiere a nuestro tema por estudiar el reparto de Polonia y las distintas actitudes de los reinos alemanes en los años de nuestro estudio.

De Polonia se han consultado las obras de Carlos Tovrolea (26) y sobre todo una obra de primordial interés para

-
- (21) HALPHEN, Louis et Philippe SAGNAC: "Peuples et Civilisations", París, 1912.
(22) GEORGE VERNADSKY: "Historia de Rusia". Buenos Aires, 1947.
(23) BRIAN CHAUI NOV: "Historia de Rusia". Barcelona, 1953.
(24) FALCIONELLI, Alberto: "Historia de la Rusia Contemporánea". Mendoza, 1954.
(25) LAFUE, Pierre: "Historia de Alemania". Barcelona, 1953.
(26) TOVROLEA, Carlos: "La cuestión polaca en nueve cartas". Madrid, 1922.

la Historia de Polonia, que es la que está editando el Comité Romano del Instituto Polaco; (27), con ella se quiere conmemorar el milenio de la Historia Polaca. En esta empresa intervienen los mejores especialistas de las distintas épocas y de los diversos aspectos de la Historia de Polonia. Sólo se ha publicado el primer tomo y de él el artículo del Abbé Etienne Duda (28), es fundamental para la Historia de Polonia con relación a la Santa Sede.

Sobre el Oriente europeo se ha visto la obra de Edouard Driault, que es interesante para ver la indudable influencia que tuvo Francia en la guerra ruso-turca (29).

Como preparación a los años que vamos a estudiar ha sido consultada la correspondencia del Conde de Aranda (30), en la que se vé cómo se encontraba Polonia en los

(27) SACRUM POLONIAE MILLENIUM. Roma, 1954.

(28) DUDE, Abbé Etienne: "La Saint-Siegè Devant Les Evènements Politiques De Pologne". Roma, 1954.

(29) DRIAULT: Edouard: "La cuestión D'Orient". París, 1921.

(30) CORRESPONDENCIA DIPLOMATICA DEL CONDE DE ARANDA EMBAJADOR CERCA DEL REY DE POLONIA. 1760-1762.

años que antecedieron a su reparto, y ^{la} del Marqués de Almodóvar (31), que nos dá la otra parte del problema polaco al hablarnos de Rusia en la misma época. Ambas obras pueden ser consideradas como fuentes de primera mano.

Estas correspondencias son muy útiles para el presente tema, porque nos dan idea de cómo estaba dispuesto el escenario para los acontecimientos relatados por Grimaldi.

A este mismo período de transición; y para ver la evolución que conduce al estado político que nos interesa, pertenecen las obras de Palacio Atard (32) y Rodríguez Casado (33), que estudian la evolución del "Antiguo Régimen" y el pasado que conduce a una nueva sociedad que será la que impere hasta nuestros días.

En lo que se refiere a España, de carácter general para el reinado de Carlos III, hay que citar en primer lugar la Historia de Manuel Dánvila y Collado (34), que com-

-
- (31) CORRESPONDENCIA DIPLOMATICA DEL MARQUES DE ALMODOVAR, MINISTRO PLENIPOTENCIARIO CERCA DE LA CORTE DE RUSIA. (1761-1763).
- (32) PALACIO ATARD, Vicente: "Fin de la Sociedad Española del Antiguo Régimen". Col. "O crece o Muere". Madrid, 1952.
- (33) RODRIGUEZ CASADO, Vicente: "Revolución burguesa del XVIII español". Arbor, nº 61, pág. 4 a 29.
- (34) DANVILA Y COLLADO, Manuel: "Historia del Reinado de Carlos III". Madrid, 1891..

prende en sus seis volúmenes una historia completísima de este reinado. Dánvila ha utilizado para la elaboración de ella las fuentes que se encuentran en casi todos los archivos españoles. Se trata de una obra fundamental para todos los que tratan del reinado del rey Carlos, y, de las obras de conjunto, es quizás la más completa que existe. Sobre puntos especiales se encuentran una serie de libros que los tratan con más extensión, pero en general esta obra es la fuente primera que se debe utilizar para tener una visión general.

Otro libro fundamental es el del Conde de Fernán Núñez (35). Se trata de un escritor contemporáneo de los hechos que relata; vivió en la Corte de Carlos III, y estuvo en íntimo contacto con el monarca. Su obra se publicó en época de Carlos IV y por esto quizás, es un poco parcial del Rey, en quién sólo vé aciertos; pero así y todo es un testigo bastante fiel de los acontecimientos, y los describe procurando atenerse a la verdad. La edición consultada, como casi todas las obras publicadas por Aguilar, va precedida por unas notas que estudian la figura del autor.

(35) FERNAN NUÑEZ, Conde de: "Vida de Carlos III". Ed. "Aguilar", Madrid, 1944.

De 1856 es la obra de Ferrer del Río (36), obra que no hace ninguna aportación esencial al estudio de esta figura, pero por ser una de las primeras publicadas, una vez pasados los primeros años de la muerte del Monarca, es interesante utilizarla.

Entrando en aspectos particulares, dentro ya del reinado de Carlos III, se han consultado diversos autores según los distintos temas que han ido surgiendo.

Sobre el Tercer Pacto de Familia, que tanta importancia tiene en los acontecimientos de este reinado, existen numerosas obras de autores franceses y españoles. Es importante este acto, no sólo en el reinado de Carlos III, sino en la vida de Grimaldi que intervino en su firma.

Alfred Bourguet (37) ~~=(38)~~, es uno de los franceses que más se han preocupado de este "Tercer Pacto" en

-
- (36) FERRER DEL RIO, Antonio: "Historia del Reinado de Carlos III en España". 1856.
- (37) BOURGUET, Alfred: "Le Duc de Choiseul et L'Alliance Espagnole". París, 1906.
- (38) BOURGUET, Alfred: "Le Duc de Choiseul et L'Alliance Espagnole un Ultimatum Franco-Espagnol Au Portugal". (1761-1762). París, 1918.

sus dos obras aparecidas en París en un intervalo de cuatro años.

Pero todo lo escrito sobre el Tercer Pacto de Familia ha sido sobradamente superado por la obra de Palacio Atard (39), que estudia por completo todo lo sucedido en esta firma y dedica algunas páginas a los que intervinieron en su realización. Se trata de una obra muy interesante para comprender lo que sucedía unos años, muy pocos, más tarde.

La obra de Gil Munilla (40), publicada en Sevilla en 1949, es una de las que más se han utilizado en la elaboración de este trabajo, ya que están las cartas de Grimaldi dirigidas a América, y ~~en~~ las cuestiones que en ellas se reflejan se tratan por Gil Munilla con gran extensión.

De la parte relativa a la Iglesia en este período, se han consultado algunas historias o temas monográficos, Entre ellas el estudio sobre las relaciones entre la Igle-

(39) PALACIO ATARD, Vicente: "El Tercer Pacto de Familia". C.S. de I.C., Madrid, 1945.

(40) GIL MUNILLA, Octavio: "Río de la Plata en la Política Internacional. Génesis del Virreinato". EE. H.A., Sevilla, 1949.-

sia y el Estado que existieron en la época de Carlos III (41), realizado por Rodríguez Casado, en el que se aclaran y fijan puntos muy interesantes de la política de este Monarca y de sus ministros relacionada con la Iglesia. Interesante porque en este reinado se llevó a cabo la expulsión de los jesuitas y el regalismo imperaba en Europa. Rodríguez Casado, demuestra en su estudio que Carlos III siempre fué un modelo de monarcas católicos, pero sin ñoñerías.

Sobre los jesuitas es interesante la consulta del libro publicado en Madrid, en 1872, por José M^º Pérez, debido a la serie de documentos y datos relativos a su expulsión, que salen en él a flote (42).

De Pacheco y Leiva (43) existe un estudio interesantísimo de la acción de las cortes europeas en la suspensión de la Compañía de Jesús, basado en documentos españoles, y estudia esta acción a través de la política suscitada para la elección del Pontífice.

-
- (41) RODRIGUEZ CASADO, Vicente: "Iglesia y Estado en el reinado de Carlos III". Rev. de Estudios Americanos, nº 1. Septiembre, 1948.
- (42) PEREZ, José M^º: "Colección de Documentos Relativos a la expulsión de los jesuitas". Madrid, 1872.
- (43) PACHECO Y LEIVA, Enrique: "El Cónclave de 1774 a 1775". Escuela Española en Roma. Madrid, 1915.

García Alix (44), estudia, dentro de este aspecto relacionado con la Iglesia, el modo como Carlos III influyó en la elección del Papa Clemente XIV.

Sobre Marruecos y España existen numerosas obras, en lo que se refiere a este reinado y a esta época que estudiamos.

Así tenemos la obra de Miranda (45) entre otros, pero todas han sido superadas por la de Rodríguez Casado (46), publicada en 1946, fundamental para el historiador de Grimaldi porque la cuestión marroquí fué la que causó la desgracia de este ministro, y, produjo un cambio notable en la política posterior del Rey Carlos.

Por último, y en estos libros que nos explican los modos de pensar de aquellos hombres, es fundamental uno que no deja de ser un artículo: "El Despotismo" (47), publicado por Palacio Atard, y que dá clara idea de la mentalidad de los hombres del siglo XVIII.

-
- (44) GARCIA ALIX: "Intervención de la Política de Carlos III en la elección de Clemente XIV". 1906.
(45) MIRANDA, Sebastián: "Sitio de Melilla 1774 a 1775". Tánger, 1939.
(46) RODRIGUEZ CASADO, Vicente: "Política marroquí de Carlos III". Madrid, 1946.
(47) PALACIO ATARD, Vicente: "El Despotismo". Arbor, nº 22. págs. 28 a 56.

Con la anterior relación hay una idea de la bibliografía empleada, sólo se han citado las obras que poseen verdadero interés para el presente tema. En ninguna manera se trata de una bibliografía exhaustiva, sin duda habrán muchos libros con aportaciones interesantísimas que deberían ser consultados, pero el objeto perseguido por estas notas y por las ideas obtenidas, sólo ha sido ambientar los temas tratados por Grimaldi, que son objeto de esta tesis de Licenciatura.

.-----:o O o:-----.

Hemos visto a grandes rasgos, en un capítulo anterior, las líneas generales del Gobierno de Grimaldi. Ahora, con más detalles, veremos los problemas que afrontó directamente y a los que hace referencia en sus cartas.

Como ya dijimos antes, esta correspondencia sólo abarca el período de tiempo que vá desde 1767 a 1777. Por lo tanto, sólo nos vamos a ocupar de los acontecimientos que acaecen en dichos años, y sólo en la medida en que reflejan en las cartas objeto de este estudio.

I. Defensa del regalismo.

El nombramiento de Grimaldi, en 1763, se debe inmediatamente a la suspensión del pase regio, acontecimiento que provocó la dimisión de Wall.

"El decreto de 1763 justificaba la dimisión de Wall. En efecto, el Ministro de Estado, se enteró del contenido de la Orden cuando ya estaba firmada, sin intervenir ni en la relación material del documento que ha-

bía corrido a cargo de Don Agustín de Llanos, Oficial de Secretaría. Aquello significaba una falta de confianza por parte del Soberano, y presentó la renuncia del cargo que le fué admitida. Sustituyéndole en el puesto principal el Marqués de Grimaldi, mientras que la Secretaría de Guerra pasó a desempeñarla Esquilache, hasta entonces sólo Ministro de Hacienda (48).

Siendo ya Ministro de Estado Grimaldi, Carlos III tendrá en él uno de los principales apoyos para la política regalista de su época, que lleva a los Borbones y a algunas otras naciones a proyectar, entre otras cosas, la expulsión de los jesuitas de sus reinos.

El regalismo afectó a casi todos los Monarcas de la segunda mitad del siglo XVIII. Pero el que fuesen regalistas no quiere en modo alguno decir que todos ellos fuesen contrarios al Catolicismo; sino que, para ellos, el poder del Rey aparecía completamente desligado, en cuanto poder temporal, del de la Iglesia, de forma que el Monarca debía tomar todas las medidas encaminadas a aumentar su autoridad, eliminando cualquier obstáculo que representase un poder distinto.

(48) RODRIGUEZ CASADO, Vicente: "Iglesia y Estado en el Reinado de Carlos III". Estudios Americanos, número 1, págs. 33-34.

Como dice Rodríguez Casado "...si en los reinados de los Borbones de la décima octava centuria había españoles adheridos a la doctrina regalista, lo podían ser con la misma buena fe y un catolicismo tan sincero como el de los pensadores, tratadistas y hombres de gobierno de los siglos anteriores" (49).

Es más, en los reinados antecedentes, los monarcas de la casa de Austria, especialmente Carlos I y Felipe II, habían dado muestras inequívocas de un regalismo indudable. Pruebas de ello son el privilegio del Monarca de proponer los Obispos para las Sedes de la Monarquía hispana y las guerras sostenidas con la Santa Sede, en las que Felipe II, Monarca católico por excelencia, no dudó en apresar al Papa, como jefe de unos estados temporales con los que se enfrentó España.

No es, pues, extraño que, siguiendo la línea ya tradicional de separar por completo los dos terrenos, temporal y espiritual, en nuestra patria, los Borbones acentuasen un poco más la doctrina que, por otra parte, imperaba en las restantes cortes católicas europeas, y procurasen deslindar por completo el poder espiritual, de los intereses terrenos. Resumiendo: Carlos III es un

(49) RODRIGUEZ CASADO, Vidente: "Iglesia y...", pág.5

monarca regalista y, como tal, enemigo de cualquier autoridad que pudiese representar una sombra para la que él ejercía.

Pues bien, a consecuencia de una constante y tenaz preocupación por los problemas formativos, la Compañía de Jesús detentaba, en estos momentos, dentro de España, el monopolio directivo de la educación de las clases más elevadas de la nación. Los jesuitas regían casi todos los centros de enseñanza. Y alumnos suyos eran los mejores elementos con que se podía contar para gobernar el país.

El monopolio de la intelectualidad por una orden religiosa, pudo suponerse un peligro, según la visión del siglo XVIII, para el Gobierno absoluto de los monarcas. Y ello hizo que los Borbones se ilusionasen con la idea de terminar con la Compañía que, dependiendo estrechamente de su General, era considerada como un estado dentro de otro estado.

El que Carlos III estuviese dispuesto a suprimir la Compañía de Jesús, no autoriza, sin embargo, en modo alguno, a pensar que fuese un monarca irreligioso "nadie puede ignorar, empero, el catolicismo recio y sincero del Monarca, ni mucho menos negarle otros méritos indudables

en el mismo campo de su acción religiosa (50). El que el Rey creyese preferible para su gobierno que los jesuitas fuesen expulsados, no tenía nada que ver con sus inclinaciones personales, ya que "había sido educado por esta sociedad, y no le era desafecto" (51).

En estas circunstancias, sube a la Secretaría de Estado el Marqués de Grimaldi. Es lógico pensar que Don Jerónimo se viese envuelto en el asunto de su expulsión, independientemente de que él contribuyese o no a ella por sus ideas.

II. El Motín como ocasión.-

Todas estas consideraciones nos hacen ver que la expulsión de los jesuitas estaba decretada desde antes que se produjese el Motín de Esquilache. Este sólo fué la ocasión.

Sobre el Motín hay diversas opiniones. Para unos fué algo espontáneo, sin preparación alguna; otros opi-

(50) RODRIGUEZ CASADO, Vicente: "Iglesia y..." pág. 7

(51) FERNAN NUÑEZ, Conde de: "Vida de..." pág. 176.

nan que hubo indudablemente intereses de personas notables en juego.

El Conde de Fernán Núñez es de la opinión de que fué una reacción ante los abusos de autoridad que cometía sin cesar la guardia walona, y, a propósito de esta opinión, nos cuenta como dispararon contra la muchedumbre que se encontraba contemplando los juegos que se estaban celebrando con motivo de la boda del Príncipe de Asturias, y otras muchas extralimitaciones de éstos representantes de la autoridad.

"Séase por esto sólo (como algunos pretenden) o porque había quien, aprovechándose de esta buena disposición, tenía particular interés en excitar un movimiento popular" (52), estalló este movimiento, con tal virulencia que el Monarca se vió obligado a salir de Madrid.

Como se desprende claramente de este último párrafo, la opinión particular del Conde no le lleva a concretar la personalidad de esos elementos extraños, que hipotéticamente intervinieron con ulteriores miras. Y se trata de la opinión de un contemporáneo; opinión que tiene indudable importancia, porque si de algo se puede

(52) FERNAN NUÑEZ, Conde de: "Vida de...", pág. 165.

acusar a Fernán Núñez es de ser parcial del Monarca. Y, a pesar de ello, no concreta ninguna responsabilidad, cuando hubiese sido muy oportuno el acusar de promotores del Motín a los jesuitas que fueron expulsados aprovechando esta coyuntura.

Dánvila y Collado es también de esta misma opinión y considera "el célebre Motín de Madrid de 1766 pretexto para expulsar de España a un Instituto que tanto había contribuido a la enseñanza de la juventud y al progreso de la Civilización Cristiana". (53).

El Motín como tal ha sido repetidamente estudiado, y está perfectamente claro que las turbas se dirigieron contra el Marqués de Esquilache y contra el de Grimaldi. No hay duda de que hubo una cabeza rectora; pero es probable que ésta fuese la de alguien perteneciente al llamado partido Aragonés, que aspiraba a conseguir las riendas del poder y no podía ver con buenos ojos que dos "golillas" detentasen los principales puestos de gobierno.

Los amotinados habían formado una sociedad secreta con sus ordenanzas, y esa sociedad acordó "que los que

(53) DANVILA Y COLLADO, Manuel: "Reinado de...", tº II, pág. 599.

habían de pedir era la cabeza de Squilache, y si hubiese cooperado la de Grimaldi, y así lo juraban ejecutar (54).

Fué pues, además de una algrada popular (nacida por el descontento que ocasionó el aumento en el precio de las subsistencias [consecuencia de las malas condiciones para la agricultura que se venían dando hacía algunos años] y por el malestar producido por algunas órdenes gubernamentales [como la de recortar las capas y los sombreros]), un movimiento fomentado y dirigido por las intenciones políticas de ciertos elementos que no podían ver con buenos ojos las reformas que se sucedían en España y que podían ir contra sus intereses de clases. Y no es extraño que estos elementos se mezclasen, si se tiene en cuenta que Carlos III, había emprendido la reforma de sustituir la nobleza de clase por la nobleza de servicio al Monarca. Consecuencia lógica del regalismo que impedía subsistir a todo poder que pudiese ocasionar sombra al Monarca.

III. La expulsión.-

Se esperó a que los ánimos se calmasen un poco

(54) DANVILA Y COLLADO, Manuel: "Reinado de..." tº II, pág. 316.

para iniciar la investigación sobre quiénes habían sido los promotores del motín... y sobre la actuación de los jesuitas. No es este el lugar más apropiado para discutir este proceso. Hubo, no cabe duda, un apriorístico deseo de expulsar a la Compañía de Jesús. Porque a los jesuitas no se les juzgó por su mayor o menor intervención en el motín de Madrid... Se les juzgó y condenó por lo que el Consejo llama "espíritu de fanatismo y de sedición, la falsa doctrina y el intolerable orgullo que se ha operado en este cuerpo" (55).

Se llevaron a cabo indagaciones sobre si los clérigos habían intervenido o no en el Motín; y, desde luego, parece seguro que algunos religiosos intervinieron en él. Pero nada se probó sobre que perteneciesen a la Compañía: "El Monarca español se reservó en su real ánimo las causas de la expulsión". Por ello sostenemos, que sólo le inspiró un cambio esencial de política, una verdadera razón de estado, que en algunas ocasiones ha encubierto grandes injusticias, porque injusticia y grande será siempre culpar a una sociedad religiosa de haber conspirado contra las instituciones fundamentales y la política, y no señalar siquiera, ni presumir el obje-

(55) RODRIGUEZ CASADO, Vicente: "Iglesia y..." pág. 43.

to y plan de conspiración tan tenebrosa.!(56)

Con todo nadie puede dudar del catolicismo del Rey que, para dar un paso tan importante, se hizo asesorar por la opinión de los obispos, quienes, en su mayoría, creyeron que la expulsión sería conveniente e incluso necesaria. Opinión que no tiene nada que ver con la época de elección de los obispos que votaron sobre la conveniencia de expulsar a los jesuitas. En efecto, se podría suponer que la mayoría de votos favorables se debería a los obispos electos en el reinado de Carlos III, quienes, por deberle su puesto al monarca, serían más dúctiles a los deseos del Soberano; pero por un estudio realizado por Rodríguez Dasado, se vé claramente que "la proporción de opiniones favorables y adversas es exactamente la misma entre los prelados que se nombraron en el reinado que estudiamos, como en los nombrados con anterioridad" (57).

Es pues un hecho que está en el ánimo de todos, incluso en el de los mismos eclesiásticos, que esta expulsión podía ser conveniente.

(56) DANVILA Y COLLADO, Manuel: "Reinado de..." to III pág. 85.

(57) RODRIGUEZ CASADO, Vicente: "Iglesia y...", pág.50

En esta situación, sucede lo que hacía tiempo se venía gestando, que ya se había llevado a cabo en algunas Cortes y se seguiría después llevando en otras borbónicas y no borbónicas; se decretó la expulsión de los jesuitas, que fueron, a una misma hora y en un mismo día, obligados a abandonar sus residencias y colegios. Se inicia así su peregrinación hacia un lugar donde asentarse.

En lo que se refiere a América, la evacuación de los colegios se realizó sin el menor tropiezo, a pesar de los temores que suscitaba una posible revuelta en el Paraguay. Al llegar a Europa, los jesuitas americanos, encontraban favorable acogida entre los hermanos de religión "Con ocasión de la expulsión ibero-americana intimada por Carlos III, salió más a flote este intercambio de calidad que seguían otorgándose unos a otros los jesuitas del nuevo y viejo mundo"(58).

Pero poco podían hacer unos por otros. Los enviaban primero a los estados pontificios, donde el Papa se niega a admitirlos. La causa de rechazarlos está en el problema que se le planteaba al Romano Pontífice, quien

(58) EGUIA ("España y sus misioneros en los países del Plata", pág. 361. Edit. Cultura Hispánica. Madrid, 1953..

en modo alguno quería enemistarse con las cortes vecinas.

Por otra parte, el Papa no sabía que hacer con los jesuitas expulsados. Y así comienza el éxodo de estos hombres: "El Papa no quiere admitirlos en sus estados, en el interim se depositan provisionalmente en Córcega, con permiso de la república de Génova" (59). Por fin se consigue que el Papa los admita y, tras señalarle una pensión a cada uno de los expulsos, termina el enojoso asunto de su asentamiento en un lugar determinado.

De España salieron varias expediciones de jesuitas. Y una vez salida la de Galicia, que fué la última en partir, quedó España sin este instituto que había educado a varias generaciones de Españoles. (60).

Para evitar que los expulsados volvieresen a España, se determinó que "ningún Jesuita bolbiese a los reinos de España" imponiéndoles "al que no fuese de misa pena de la vida y al sazerdote destierro y prisión a arbitrio de los

(59) "Grimaldi a Bucarelli". Aranjuez, 26 Mayo 1767. A.G. I. Leg. 1630 de Indiferente Gral.

(60) "Ya ha salido todos los Jesuitas de España menos el Convoi de Galicia, que no tardará en executar lo" (Nota anterior).

ordinarios" (61).

IV. Presión sobre el Papado.-

En las circunstancias antedichas, con la Compañía de Jesús expulsada de varias naciones, y con grandes preocupaciones por la paz de la Iglesia, el Papa empieza a sufrir el acoso de varios estados que pretenden resolver la situación extinguiendo dicha Compañía.

Dos años después de la firma del decreto de expulsión de los jesuitas, fechado el 27 de Febrero de 1767, murió el Papa Clemente XIII, que se negó siempre a extinguir la Orden. "Murió el Papa de muerte imprevista el día 2 de este mes" (62).

Esta muerte repentina ocasionó un gran revuelo en las Cortes, que inmediatamente tomaron precauciones, porque el momento era crítico y dependía mucho la suerte de los jesuitas entre otros muchos asuntos, de quién fuera el nuevo sucesor de San Pedro.

(61) Real Cédula dada en San Lorenzo, a 18 de Octubre de 1767, tomado del pleito de los Castellanos con la Compañía de Jesús. Archivo particular: Fantoni.

(62) Grimaldi a Bucarelli, El Pardo, 25 Febrero 1769.- A.G.I. Ind. Gral. 1630.

En España como no podía menos de suceder, se enviaron al Cónclave a los dos Cardenales Patriarcas y al Arzobispo de Sevilla (63) y, se quedó a la espera de quién sería este nuevo Papa, que debería aclarar los asuntos pendientes que dejara el difunto, a quien, como dice Grimaldi, se espera "en Dios se le elija un sucesor que dé la paz a la Iglesia que tanto necesita" (64).

En efecto la Iglesia estaba en uno de los momentos más críticos de su Historia. El poder real, con la doctrina regalista, se alzaba, por así decirlo, frente a ella. Se necesitaba un nuevo Gregorio VII para volver a alcanzar el esplendor y la independencia perdidos.

Mientras se plantea así la situación, las distintas Cortes se proponen intervenir en la elección de Papa; todos van a vivir pendientes de ella, y el mayor interés se centra en que no se empiecen las negociaciones sin los representantes de las distintas naciones.

En el mes de Abril, el Papa aun no había sido elegido. Grimaldi, hombre de sólida formación religiosa (como lo demuestra que en su correspondencia con Aranda éste

(63) "y van al Conclave nuestros dos Cardenales Patriarcas y Arzobispo de Sevilla". El Pardo, 25 de febrero 1769," Grimaldi a Bucarelli, A.G.I., Ind. Gral. 1630.

(64) Carta citada en la nota anterior.

se siente obligado a hacer "gala de unas creencias sólidas, que estaba lejos de sentir..., prueba clara, a mi entender, de que Grimaldi no comulgaba con sus ideas"(66), se preocupa por esta elección. Y la preocupación no es privativa de España, sino que todas las naciones están pendientes del Cónclave "el Emperador -dice Grimaldi- ha ido incógnito a dar una vuelta a toda Italia, y ha visitado los Cardenales en el Cónclave, que le hicieron entrar en él; pero el Papa no está hecho aún". (67).

De la elección de Papa, dependían además una serie de asuntos que se encontraban en suspenso, entre tanto que el Romano Pontífice no subiese al Solio vacante, y que contribuían a complicar el panorama, como sucedía con el proyectado matrimonio del Duque de Parma con la Archiduchesa Amalia (68).

Por fin, y tras largas deliberaciones, se eligió Papa al franciscano Ganganelli. Así comienza un nuevo Pontificado. (69)

-
- (66) RODRIGUEZ CASADO, Vicente: "Iglesia y..." pág. 25
(67) Grimaldi a Bucarelli. 24 de Abril 1769. A.G.I. Ind. Gral. 1630.
(68) Carta citada en la nota anterior.
(69) "ya se ha nombrado papa, y ha sido elegido el Cardenal Ganganelli, Religioso Francisco". Grimaldi a Bucarelli. Aranjuez, 24 de Junio 1769. A.G.I. Ind. Gral. 1630.

V. Clemente XIV y la Extinción.-

El nuevo Romano Pontífice, tomó el nombre de Clemente XIV. Hombre de carácter débil se iba a ver pronto acosado por los diplomáticos de todos los reinos europeos. Pronto se reanuda la acción diplomática en torno a él, para conseguir la extinción de la Compañía de Jesús.

Los políticos acabarán por triunfar y, tras de vencer la resistencia más o menos débil del Padre Santo, éste, a los cuatro años de su elevación al Solio, el 21 de Abril de 1773, firmó la orden de extinción; "de la cual fué el alma el Monarca Carlos III que ignorándose aun la razón de su conducta, quería exterminar "la Compañía de Jesús"" (70).

Con esta determinación el Papa disolvía tan importante institución de la Iglesia. La efervescencia entre los partidarios de la Compañía y sus enemigos era enorme "una y otra parte recurrían a la intriga, a la amenaza si era preciso, llegando ambas a recoger según

(70) DANVILA Y COLLADO, Manuel: "Reinado de..." tº III, pág. 529.

sus puntos apasionados de vista, como ciertas las funestas profecías que anunciaban para Septiembre del citado 1774 la muerte del Pontífice (71).

Y es raro que efectivamente el 22 de Septiembre de 1774, tras rápida enfermedad, falleciese Clemente XIV. La polvareda que suscitó esta muerte fué enorme. El cuerpo presentaba síntomas extraños e, inmediatamente, se pensó en el veneno como causa del fallecimiento. La palabra veneno circulaba de boca en boca.

Entonces, Tanucci y Floridablanca tuvieron el buen acuerdo de pedir un examen médico. El doctor informó que la muerte había sido producida por causas naturales y que los síntomas extraños se debían a que Clemente XIV, creyendo que había sido envenenado, tomó gran cantidad de contravenenos, que eran los productores de estos síntomas que asombraban a los que veían su cuerpo.

Sobre el difunto Pontífice, se cebó pronto la maledicencia, que no lo había respetado tampoco en vida. Se hablaba de sus últimos momentos y se inventaban una serie de fantasías que eran recogidas por la correspondencia de la época y enviadas fuera de Italia.

(71) PACHECO Y LEIVA, "El Cónclave..." pág. XXXV

Con todo "el Papa salió del mundo en la disposición que le correspondía por la misión que le tocó llenar en vida; pero dejando, no por culpa suya, a medio consolidar un problema que avivaba las pasiones, que preocupaba a las Cortes, que dividía a los católicos y que perturbar quería las relaciones futuras entre los Cardenales que se habían de reunir inmediatamente en Cónclave: El problema de la suspensión de la Compañía de Jesús"(71) .

VI. La lucha en el Cónclave de 1774-5

Esta situación era la más propicia para que la diplomacia de los distintos estados tratase por todos los medios de conseguir que el nuevo Romano Pontífice fuese elegido entre los Cardenales más inclinados a continuar la política seguida por el Papa anterior.

España, como encargado en Roma, tenía a Florida-Blanca que, en unión del Cardenal Bernis, debía preocuparse por conseguir que saliese, lejos de toda duda, electo un purpurado adaptable a los intereses de la Casa de Borbón.

Frente a ellos, surge el llamado Partido Zelante, que tenía como máxima el oponerse a las Cortes reales ca-

(71) PACHECO Y LEIVA: "El Cónclave..." pág. XXXV.

tólicas y evitar la intromisión de éstas en los asuntos relativos a la curia Romana. Estos zelantes, que en sí encerraban el espíritu de independencia de la Iglesia, perdieron su ecuanimidad y se apasionaron tanto que, con ello, disminuyó su innegable probidad.

Dentro de estos dos grupos surgieron una serie de facciones que hacían difícil encontrar la unión indispensable para que un candidato consiguiese el número de votos necesarios para salir triunfante.

Dentro de los zelantes, había un pequeño grupo disidente que encabezaba Torregiani. Este grupo apoyaba a Bufalini y, en caso de que Bufalini no pudiese, por alguna circunstancia, salir elegido, apoyaría a Braschi. Pero por ser Bufalini hechura de Torregiani, y por tanto uno de los mayores peligros que podían ver las Cortes, y por no poder tampoco las Cortes fiarse de Braschi, parecía que desde un principio los obispos partidarios del partido de las Cortes se opondrían a la elección de cualquiera de éstos (72).

El Cónclave quedó reunido e inmediatamente aparecieron libelos difamatorios que se burlaban de los congre-

(72) PACHECO Y LEIVA: "El Cónclave...", pág. LXXVI.

gados y del nuevo Pontífice aún no electo. Tan agrio era el ambiente, que hubo que retirar muchos de estos libelos y cerrar varias librerías en que se vendían.

Todos estos negocios ocuparon a Grimaldi, puesto que, desde su cargo de Secretario de Estado, tenía que estar perfectamente informado y saber cómo iban los negocios del Cónclave. La correspondencia de Grimaldi con respecto a este asunto es copiosísima. Basta para convincerse de ello echar una ojeada al estudio de Enrique Pacheco y Leiva sobre el Cónclave de 1774-5, en cuya obra se recogen numerosas cartas de este Ministro. Pero la correspondencia que nosotros estudiamos gana mucho en laconismo en estos años. En las noticias que sigue enviando a Bucarelli no hace mención, siquiera, de la muerte del Papa, aunque es posible que esto se deba a que se hayan perdido algunas cartas.

Dentro del Cónclave continuaban las intrigas. No parecía que pudiesen acabar nunca por ponerse de acuerdo. Tanto el partido de las coronas temporales// como el Zelante// ~~que~~ procuraban por todos los medios ganar votos para sus candidatos. Lo que se dilucidaba era en realidad si la Compañía de Jesús iba a continuar extinguida o si sería resucitada por un Breve del nuevo Pontífice. Y en definitiva si vencería el regalismo. El apasionamiento crecía con el tiempo y ninguna votación era suficiente para decidir, por el número de votos, quién sería el elegido.

La lucha se centró en la atracción de los votos dudosos "En el partido Zelante, existían algunos cardenales que no tenían sistema fijo, y que por su vacilación podrían ser útiles para agrandar el de las Coronas, si los representantes de éstas, y los accidentes de la elección concurrían a sacarlos de su incertidumbre" (73).

La opinión pública estaba cada vez más excitada. El representante español Floridablanca consideraba que su situación personal era delicadísima. En efecto, en él descansaba el peso de la negociación por parte de las Coronas temporales y su correspondencia con Grimaldi y Tanucci demuestra un creciente pesimismo que le lleva a dudar de su éxito. En estas negociaciones iban transcurriendo los meses y no se elegía un sucesor a Clemente XIV.

Es curioso que existiendo tantas negociaciones no se encuentre en la correspondencia de Grimaldi a Bucarelli noticias de este Cónclave; quizás la guerra de África entretenía los ánimos del genovés lo suficiente para que no se preocupase de comunicar al Virrey las noticias de la Curia Romana.

Además, por otra parte, poco podría decir cuando

(73) PACHECO Y LEIVA: "El Cónclave...", pág. LXXII.

tal era el desorden que ni los mismos conclavistas podían adelantar lo que iba a suceder. Las dificultades eran tantas, y se sucedían de tal manera, que de no ser por la importancia del asunto, hubiese causado risa la poca formalidad del Cónclave.

En estas circunstancias se produce el acontecimiento imprevisto: Se procede a una votación, y cuando menos se espera, sale elegido Romano Pontífice el Cardenal Broschi (74), el mismo día que sale elegido se extraña la gente de que hubiese sido él, que en una votación anterior había obtenido sólo algunos votos, y, que, por esto, se pensaba había agotado sus posibilidades.

En esta coyuntura el nuevo Papa era una incógnita para todos. No era un Zelante propiamente dicho; pero pertenecía al grupo de Torregiani y, las Cortes, por lo mismo, no podían fiarse de él.

Ante la consumación de los hechos, sólo quedaba acatarlos como algo inevitable. Sobre Broschi, desde Roma se dan las mayores garantías. Se asegura que el Papa estará de acuerdo con las Cortes, y esta noticia llega a Madrid.

(74) "Ya tenemos Papa, es un Cardenal Broschi". Grimaldi a Bucarelli, El Pardo, 23 Marzo 1775. A.G.I. Ind. Gral. 1630.

Grimaldi, a pesar de todo, tiene sus temores. Por eso, en la única referencia que tenemos dice: ",y nos promete que será un buen Pastor de la Iglesia y prudente y medido con las Cortes Católicas, de modo que podrán quedar contentas de esta elección, y así lo espero pero el tiempo lo dirá". (75)

Con esta incógnita, en que deja a los acontecimientos futuros que decidan si esta elección ha sido o no beneficiosa a las Cortes Católicas, se cierra este aspecto de la correspondencia. Tras esta referencia, ninguna otra hay que se refiera a Roma, hasta la partida de Grimaldi como Embajador acerca de la Santa Sede.

.-----:oOo:-----.

(75) Grimaldi a Bucarelli, El Pardo, 23 de Marzo de 1775.
A. G. I., Indf. Gral. 1630.

C A P I T U L O I V

RELACIONES CON INGLATERRA

En la correspondencia de Grimaldi, hay un tema al cual se hace referencia constante; se trata de las relaciones hispano-inglesas.

El gobierno inglés, con sus cambios de ministerios y con la influencia indudable de los políticos en la vida nacional, constituía un elemento extraño y avanzadísimo dentro del siglo XVIII. Entre las coronas europeas de la época del Despotismo Ilustrado, la nación inglesa constituía una excepción en la que el poder no residía únicamente en el Rey, sino que lo ostentaban solidariamente los partidos políticos y el Monarca, que había de tener en cuenta la poderosa oposición capaz de negarse a acatar sus mandatos.

La consecuencia de este sistema era que, en Inglaterra, los intereses particulares se identificaban con los intereses de estado, de tal manera que el intento de dominar las rutas que comunicaban el Gran Imperio Colonial y el propósito de dar salida a las manufacturas producidas en Inglaterra y de conseguir ventajas comerciales se convierte en objeto fundamental de estado. Un incremento o una disminución en estos intereses hacía encumbrarse o caer un partido en el Parlamento.

Por otra parte, en lo que se refiere a España, es preciso tener en cuenta que la nación inglesa siempre había deseado que las colonias españolas comerciaran con ella, y que, eterna rival de Francia, nunca había podido ver con buenos ojos // la alianza borbónica.

I. El sistema europeo.-

Preocupada por los intereses coloniales había creado Inglaterra su sistema de "Balance of powers". El sistema de equilibrio europeo, garantizaba que ninguna nación continental alcanzase la fuerza suficiente para ser hegemónica entre las demás naciones. Inglaterra se convertía así en árbitro de Europa y al mismo tiempo, sin mezclarse en la quisquillosa política continental, conseguía abrir sus rutas comerciales y fundamentar un imperio colonial que haría pasar a sus manos las riendas de la hegemonía mundial.

Por eso no es de extrañar la tesis sustentada por los ingleses de que las hostilidades llevadas a cabo fuera de Europa, que a ellos les interesaba desencadenar, no podían en modo alguno romper la paz europea, que a Inglaterra le convenía mantener.

"Para establecer la balanza de poderes, Inglaterra hubo de abatir la pujanza política y económica de

Francia, acelerar la decadencia de España o aprovechar el resto de grandeza que le quedaba en su favor y luchó por evitar la posible unión hispano-francesa^{>>}(76). En este tercer objetivo, Inglaterra, fracasó y la unión diplomática entre España y Francia se llevó a cabo, a pesar de todo, en el reinado de Carlos III con la firma del Tratado conocido por Tercer Pacto de Familia.

Después de la firma de este tratado, España se había visto envuelta en una guerra con Inglaterra que había terminado con la Paz de París de 1763, en la que perdía España La Florida y varias posesiones de América del Norte.

Cuando todo parecía arreglado por la firma del cese de hostilidades, en realidad tuvo lugar un nuevo motivo de discordia; porque la paz dejó descontentos tanto a los Borbones como a los ingleses, acaudillados por Pitt. Era una paz de condiciones lo bastante duras para que los Borbones estuviesen dolidos por las humillaciones que les infringía, y por otra parte no satisfacía por su suavidad a los comerciantes ingleses, que hubiesen deseado dar el golpe definitivo al comercio hispano-francés. Era una paz que rompía toda posibilidad de arreglo posterior entre naciones enemigas.

(76) GIL MUNILLA, Octavio: "El Virreinato...", pág. XIII.

No es pues extraño que las relaciones entre España e Inglaterra continúen durante este período en un estado de mútua desconfianza, guiado por el oculto pero indudable deseo nuestro de romper unas hostilidades que si tardan en reemprenderse es únicamente por la debilidad de los dos rivales.

"Las relaciones con Inglaterra no mejoraban. Gran Bretaña atravesaba una crisis interna debida al conflicto entre los ministros y el Soberano -deseoso de seguir una política personalista- y a la incipiente rebelión de las colonias norteamericanas; pero las dificultades interiores no le impedían proseguir su habitual política exterior"(77).

Así, las relaciones entre España e Inglaterra se fueron atirantando por diversos motivos. En 1764 los establecimientos británicos en Honduras son los primeros en suscitar el roce; el rescate de Manila motivó el acrecentamiento de este malestar...

Hacia 1766, los Borbones se dan más clara cuenta de la peligrosa situación interna de Inglaterra, que no permite a esta nación emprender una guerra decidida contra las Coronas unidas. Con esto las cortes borbónicas

(77) GIL MUNILLA, Octavio: "El Virreinato..." pág. 94.

aliadas toman más confianza y en España se empieza a tener más seguridad en sus propias fuerzas. Es entonces cuando empieza un período crítico en que parece que de un momento a otro vá a romperse la paz por alguno de los bandos. "Ya no era cuestión de discutir si convenía o no continuar una política antiborbónica; lo que había de considerarse era si se podía detener la guerra por algún tiempo" (78).

Y es en el año 1767 cuando Grimaldi empieza a dar noticias de los asuntos con los ingleses// en su correspondencia particular. Estas noticias dan cuenta de cómo la nación inglesa, preocupada por las elecciones que iban a tener lugar en el Parlamento y por los aires de rebeldía que se respiraban en Norteamérica, no parecía muy dispuesta a emprender la guerra, ya que no estaba en condiciones de hacerla (79). Pero la seguridad de paz// dependía siempre de que en el Parlamento se decidiera en una de sus sesiones^a hacer la guerra por cualquier motivo más o menos justificado, ya que, "según la Constitución de aquel Gobierno y Nación, nunca se puede contar con ~~ne-~~

(78) GIL MUNILLA, Octavio: "El Virreinato...", pág. 95-96.

(79) Grimaldi a Bucarelli. Aranjuez, 26 de Mayo de 1767. A.G.I., Ind. Gral. 1630.

nada ^{>>} (80). En esta incertidumbre, que refleja Grimaldi, van a transcurrir varios años, durante los cuales, la paz parece pender de un hilo.

II. Preparativos para una posible guerra con Inglaterra.-

No es pues extraño que este temor repercuta una y otra vez en esta correspondencia. Y tal repetición refleja el temor por América, porque asusta la posibilidad de que la primera noticia que llegase a América sobre el rompimiento de relaciones fuese un ataque sorpresa.

Por todo esto, el programa del Monarca español, incluía en primer término el deseo de hacer que España tuviese mejor armamento y aumentase sus posibilidades bélicas, para poder, en caso de necesidad, hacer frente a cualquier injuria y evitar así la repetición de los lamentables sucesos que condujeron a la Paz de París.

El temor de que nuestra paz con los ingleses sea efímera, no deja de reflejarse en este epistolario (81).

(80) Grimaldi a Bucarelli. Aranjuez, 26 Mayo 1767. A.G.I. Indf. Gral. 1630.

(81) "No sé qué diga a V.M. de la duración de la Paz; nosotros ponemos quantos medios nos son posibles para mantenerla; pero veo tantos nubladós, que no me lisongeo la disfrutemos largo tiempo". Grimaldi a Bucarelli. Aranjuez, 25 Junio 1768. A.G.I. Indf. Gral. 1630.

Se vé que existen una serie de puntos de fricción, como los intereses colonialistas opuestos y el deseo de comerciar con las colonias españolas por parte inglesa, que, tarde o temprano, acabarán por conducir a la guerra.

El parlamentarismo inglés, por su parte, se encuentra en uno de los muchos períodos críticos que sufre esta nación. Los dos partidos, ~~torys~~ y whigs, se combaten fuertemente dentro de la nación. Y estas luchas políticas son las que van a asegurar la paz exterior, más aún cuando los colonos norteamericanos han comenzado ya a dar tales muestras de desafecto contra la metrópoli, que ni los más optimistas de los ingleses pueden presumir que exista posibilidad de arreglo. (82).

Estas mismas disenciones internas, que aseguran la paz, suponen sin embargo, al mismo tiempo, un peligro para ella, ya que "cabe que cesen éstas, y aunque para hacerlas cesar se determine aquel Gobierno (refiriéndose al inglés) a la guerra como han traficada otras veces, y so-

(82) "Me parece que hasta aquí la hemos debido y la debemos a las disenciones internas de la Inglaterra". Grimaldi a Bucarelli, Aranjuez, 25 de Junio de 1768. A.G.I. Ind. Gral. 1630.

que con más entusiasmo patrocinaba estos planes.

Pero un factor desconocido va a entrar en la política europea: la nueva favorita de Luis XV. "Desde entonces la Europa hubo de preocuparse de Mad. Du Barry. Horacio Walpole, representante de Inglaterra en París, le rindió su homenaje en Septiembre de 1769. Al terminar este año la estrella de Choiseul se había eclipsado" (85). Y con la destitución de este ministro perdía España un fiel aliado y un gran amigo.

III. Crisis de 1770.-

El año de 1770 va a ser un año crítico para los asuntos anglo-españoles. La guerra está a punto de estallar por el asunto de las islas Malvinas y sólo a circunstancias externas se debe el que no se realice un rompimiento formal de las hostilidades.

El año comienza con tranquilidad aparente "No hay la menor mutación en el estado de los Negocios de Europa" (86). Todo está, por tanto, en el mismo estado de expecta-

(85) DANVILA Y COLLADO, Manuel: "Historia de..." to IV, pág. 143.

(86) Grimaldi a Bucarelli. El Pardo, 27 Enero 1770. A.G.I., Indf. Gral. 1630.

ción que hace que las naciones, más recelosas que nunca, se miren como a posibles enemigas.

Inglaterra, por su parte, se encontraba en un momento decisivo. Las colonias habían protestado por los impuestos que la metrópoli había aprobado. En el Parlamento estaban reunidos para decidir quién sería el Jefe del Gobierno (87), y en él, frente a los partidarios de la Corte estaban los torys, encabezados por Lord North, gran partidario de defender los derechos del gobierno centralizado y, además, dirigente muy caracterizado de la Cámara de los Comunes.

Grimaldi, desde su Secretaría, sabía que, mientras se mantuviese en el poder el partido de Pitt, no había temor de que se decidiesen a la guerra con España; pero teme que si triunfa la oposición esto sea posible. "Sin embargo espero que el actual Ministerio Inglés, que está por la Paz se mantendrá" (88).

Contra todas las esperanzas de Grimaldi, North

(87) "El Parlamento de Inglaterra va a juntarse: El Partido de la Oposición hace una guerra cruel al Ministerio actual, y se puede recelar que venza al de la Corte. Si esto sucediese se podría temer que hubiese Guerra". Grimaldi a Bucarelli. El Pardo, 27 Enero 1770. A.G.I. Indf. Gral. 1630.

(88) Carta de la nota anterior.

fué nombrado Jefe del Gobierno (89). Si Lord North hubiese podido desenvolver su política libre de ingerencias, quizás hubiese sido otro el rumbo que hubiesen tomado los asuntos; pero Jorge III, a pesar de haber sufrido un ataque de locura, pretendía en lo posible, seguir interviniendo en la política inglesa, y, a ser posible, quería volver a centralizar el poder en el Monarca, pretensión extemporánea porque ya había pasado el momento en que los monarcas ingleses pudiesen recabar para sí el gobierno efectivo.

El gobierno español, fiado en la amistad francesa y teniendo en cuenta el peligro por el que pasa Inglaterra con la guerra colonial, que cada vez má tomando mayor incremento, está decidido a ir a la guerra. El día 6 de junio los ingleses, que se habían asentado, tras un desembarco, en las islas Malvinas, a pesar de que éstas pertenecían a la Corona española, son expulsados de ella por Don Francisco Bucarelli, hermano del corresponsal de Grimaldi.

La situación se va haciendo cada vez más difícil.

(89) "Han llegado noticias de Londres que anuncian haver quedado superior el partido de la Guerra y la Harenga del Rey de englaterra nos haze esperar la continuación de la paz". Grimaldi a Bucarelli, El Pardo, 27 de enero de 1770. A. G. I., Indf. Gral. 1630.

Con todo, en el mes de Julio, aun se conserva la paz. "Nada ocurre en Europa que comunicar a V.E. Nuestra Paz con los ingleses prosigue como siempre"(90). Pero la tirantez entre España e Inglaterra es enorme. El asunto de las Malvinas está en su punto culminante. Entre las dos cortes empiezan a desarrollarse una serie de negociaciones que, poco a poco, se van agriando. Los ingleses piden satisfacciones que los españoles no se creen obligados a dar, porque consideran que han obrado dentro de las normas de la más estricta legalidad. "Ya hemos recibido respuesta de Londres sobre este Negocio no podemos decidir aun si será posible evitar la Guerra"(91), que sigue flotando como un fantasma amenazador.

Uno de los peligros con que había que contar era el de la continua lucha que existía en el Parlamento inglés. La oposición, deseosa de crear dificultades al ministerio, podía tener en las Malvinas un buen punto de apoyo para obligarle a declarar la guerra a España y terminar, de una vez, con el comercio hispano-francés, ya muy quebrantado, sobre todo el francés, desde la guerra de las

(90) Grimaldi a Bucarelli. San Ildefonso, 25 Julio 1770. A.G.I. Indf. Gral. 1630.

(91) Grimaldi a Bucarelli. San Ildefonso, 22 Septiembre de 1770. A.G.I. Indf. Gral. 1630.

Siete Años. (92)

Grimaldi se ~~d~~ cuenta de esta situación. "No tengo nada que añadir si no es que pende de un hilo nuestra paz" (93). La imagen de la guerra se cierne, pues, sobre España, decidida^a la lucha porque espera que Francia, cumpliendo los pactos, esté dispuesta a defender los intereses de la rama española de los Borbones.

En Noviembre la situación aun sigue agravándose. Se espera la contestación de Francia para saber si se puede contar con su apoyo decidido en caso de lucha. Se permanece en España en un estado de indecisión aparente (94), que no es más que la forma encubierta del deseo de guerra. Como dice el Secretario de Estado, después de hablar del peligro de que se rompa la paz, "nuestro deseo en favor de ésta nos inclinaría a lisonjearnos de poderla conservar por ahora: pero las apariencias me hacen temer todo lo contrario" (95).

-
- (92) Hablando de las Malvinas dice Grimaldi: "Ya hemos recibido respuesta de Londres sobre este Negocio no podemos decidir aun si será posible evitar la guerra. Las apariencias son de lo contrario, porque es creible que el partido de la oposición se valga de este incidente para obligar al Ministerio a que la declare". Grimaldi a Bucarelli. 22 Septiembre 1770. A.G.I. Indf. Gral. 1630.
- (93) Carta de la nota anterior.
- (94) "Que pronóstico hacerme sobre la guerra o la paz". G. a B. San Lorenzo, 24 Noviembre 1770.
- (95) Carta de la nota anterior.

IV. Resolución de la crisis.-

Cuando todo parece indicar la guerra, cambia de pronto el panorama. Los ingleses, que habían retirado a su Embajador Lord Harrys, que había marchado sin despedirse de la Corte, presentan excusas por esta retirada. Y los españoles desautorizan a Don Francisco Bucarelli, que había sido el ejecutor de la expulsión de las Malvinas, y que ha de regresar a España.

Un cambio tan radical lo motivaron dos causas importantísimas. Por parte de Inglaterra, se debió a que los colonos habían alcanzado ya un auge tal, en su guerra de independencia de la Metrópoli, que ésta no podía distraer sus fuerzas en guerras exteriores. En España, el cambio se debe a que el Ministro francés Choiseul había caído en desgracia y Luis XV, influido por Mad. Du Barry, manifestó a Carlos III su deseo de que España procure evitar la guerra, porque Francia no puede ayudarlo; con esto, el Monarca español se vé obligado a retraerse ante el peligro de una guerra que, por sí sólo, no podía sostener.

Así pues las primeras noticias que tenemos por Grimaldi en sus cartas del año 1771, concretamente del 22 de Marzo, dan ya por evitado el peligro de guerra. Con

todo, el problema no se ha solucionado. Sólo se trata de una tregua en la que los dos adversarios se reponen y se siguen preparando para// cuando llegue el momento encontrarse en condiciones de vencer al enemigo.

Cualquier acontecimiento exterior puede precipitar la lucha (96), ya que, en caso de guerra, frente al partido que ocupe la nación inglesa, se encontrarán siempre los Borbones, y a la inversa. Pero el peligro inmediato ya se ha alejado y// sólo por una carambola podía llegarse al rompimiento con la Gran Bretaña.

Los ingleses aprovechan la relativa tranquilidad y aumentan sus efectivos, "pero o sean los movimientos de los Ejercitos Austriacos que amenazan la tranquilidad de Alemania, o sea que la misma Inglaterra no se persuada a una Paz duradera, es cierto que han fixado un sistema de Paz armada, que debe tenernos con grandísimo recelo. Manténian antes el pie de 15 mil marineros en tiempos de Paz; le establecen ahora en 25 mil" (97). El fantasma de la guerra// sigue, por tanto, rondando a los asuntos hispanos.

(96) "No dexamos de estar con algún cuidado de que se mueva otra en Alemania, a exemplo de la de Rusos con Turcos en la qual podrian tomar parte los ingleses y de resultas Nosotros". Grimaldi a Bucarelli, El Pardo, 22 Marzo 1771. A.G.I. Indf. Gral. 1630.

(97) Grimaldi a Bucarelli, Aranjuez, 24 de Abril 1771. A.G.I., Indf. Gral. 1630.

No sólo preocupan a Grimaldi los preparativos militares de la Gran Bretaña. Otro tema le causa profunda inquietud, es el de los cambios de ministerio en Inglaterra, ya que un cambio de éstos podía suponer un total viraje en las directrices de la política europea, porque un nuevo ministerio tal vez sería causa de un nuevo sistema de alianza o causa también de que terminasen la guerra colonial para dedicarse de lleno a resolver los asuntos pendientes con las naciones europeas. "No véo el actual ministerio de Inglaterra inclinado a la guerra -repite Grimaldi-; sólo en caso de mutación de Ministros Ingãeses (lo que a la verdad sucede a menudo) pudiera temerse, que abandonase aquella potencia su sistema pacífico." (98).

Como se vé, el temor a una nueva contienda con Inglaterra no abandona al Ministro español; pero ahora sólo es pensando en que se comience este rompimiento de hostilidades en Centroeuropa, lo que resulta probable con la cuestión polaca, tema que se trata en otro lugar.

Durante cierto tiempo la inestable situación se mantiene. Por parte de España, se desea que este estado de cosas siga, ya que por sí sólo no puede llevar la gue-

(98) Grimaldi a Bucarelli: San Ildefonso, 27 Julio 1771. A.G.I., Indf. Gral. 1630.

rra contra los ingleses (99). Además, para complicar la situación, las noticias que llegan desde América son inquietantes: "Siempre deben dar cuidado que los ingleses aumenten sus fuerzas en estas partes; sin objeto no parece regular que una Nación que trata de economizar su herario por sus crecidos empeños entrase a contraerlos nuevos" (100).

Pero los ingleses tienen a su vez, otra gran preocupación en América: Se trata de la lucha que sostienen las colonias con la Metrópoli, lucha a la que realmente se debe el aumento de la Armada británica, ya que el único medio que tienen los ingleses para sofocar la rebelión es aumentar su flota en lo posible.

Por eso viene un período en que nuestras relaciones con Inglaterra son francamente satisfactorias "El período que va de Julio de 1773 al mismo mes del siguiente año constituye el momento más pacífico de las relaciones entre las potencias borbónicas y la Gran Bretaña." (101)

(99) Hablando de la paz: "La nuestra con los Ingleses se va manteniendo, y procuraremos conservarla lo más que sea posible". Grimaldi a Bucarelli, San Ildefonso, 27 de Julio de 1771. A.G.I. Indf. Gral. 1630.

(100) Bucarelli a Grimaldi; Méjico 26 Julio 1772. A.G.I., Indf. Gral. 1630.

(101) GIL MUNILLA, Octavio: "El Virreinato..." pág. 220

En efecto, la guerra de las colonias inglesas es la mayor garantía de paz que pueden tener las naciones borbónicas. Grimaldi así lo hace ver a Bucarelli, "puedo asegurar a V.E. que se mantienen constantes las apariencias de paz; que el Ministerio Inglés afirma que la desea, y que se le puede dar crédito, por la precisión en que se hallan de acudir eficazmente a las urgencias actuales de sus Colonias" (102).

Desde el año 1774 la paz comienza a declinar. Todos son sinceros al desearla; pero todos están dispuestos a romperla. Es un estado de tirantez que desembocará en la ayuda que prestaron Francia y España a las colonias Inglesas en América en su lucha por la Independencia.

V. Atirantamiento en las relaciones hispano-inglesas.-

A partir del año 75, en España comienzan a ver las cosas desde un ángulo distinto. En el mes de Julio, escribe Grimaldi a Bucarelli: "Celebro que estén en disposición de defenderse de cualquier insulto". El Secretario de Estado alude a los preparativos que anuncia haber hecho el Virrey en la Nueva España para ponerse en estado de defensa.

(102) Grimaldi a Bucarelli; Madrid, 24 de Diciembre 1774. A.G.I., Indf. Gral. 1603.

En efecto, la posibilidad de una guerra es tan grande, que ya en nuestras colonias han sido tomadas todas las precauciones posibles. Además, a pesar de que se sigue pensando que la situación de las colonias inglesas no permitiría a esta nación emprender la lucha, se vuelve a manifestar el temor, por otra parte nunca extinguido, de que, en Inglaterra, un cambio de Ministerio, precipite los acontecimientos y se declare la guerra (103).

De nuevo está en el tapete europeo la posibilidad de una guerra entre Inglaterra y España. Pero esta guerra está desviando su escenario. No parece que va a ser en el Viejo, sino en el Nuevo Mundo, donde se va a desarrollar esta hipotética ruptura de hostilidades. De ahí el interés que encierra el saber qué preparativos y qué hechos ocurren en América.

La preocupación por América, por la América española y por la América inglesa, no decae un sólo momento. "Por las últimas cartas que hemos recibido de Londres sabemos que las turbaciones de las Colonias están aún muy lejos de calmarse, y dan tanto cuidado al Ministerio Británico que ha dispuesto enviar nuevo refuerzo de Tropas para contener y sujetar aquellos Rebeldes; en cuyas cir-

(103) "No obstante conviene vivir sobre aviso por la facilidad con que suele mudarse el sistema político de aquella Monarquía". Grimaldi a Bucarelli, San Ildefonso, Julio 1775. A.G.I., Indf. Gral. 1630.

cunstancias parece que por ahora podemos esperar que se conserve la paz" (104).

En América, también los portugueses habían empezado a introducirse en territorio español, aprovechándose de que, en España, se temía una guerra con ellos por saberlos respaldados por Inglaterra, su natural aliada, que tomaría partido en la contienda obligando a los españoles a acudir simultáneamente a varios frentes muy distantes entre sí " (105).

El asunto portugués cada vez se va poniendo en un estado más candente. Y el temor de que las tropas inglesas auxilién a esta nación hace que exista una gran preocupación pensando que la única garantía que se posee de que la paz continúe aún es la guerra, que empieza a languidecer, de las colonias inglesas;"pero es verdad que el principio de las operaciones de esta Campaña, según noticias que tenemos, son favorables para aquella potencia, de modo que se puede creer que en este Verano los subyugue, o que se sometan voluntariamente mediante un acomodo" (106).

En España, los temores de una guerra son tan fuer-

-
- (105) "Amigo este negocio de los Portugueses nos ocupa y nos inquieta, Dios quiera que no trascienda más".
Grimaldi a Bucarelli, San Ildefonso, 27 Julio 1776.
- (106) Grimaldi a Bucarelli, carta anterior.

tes que se examinan todas las posibilidades que ofrece la alianza con Francia. A pesar de la desairada situación en que se quedó con la cuestión Malvina, que luego se procura pulsar la opinión del Rey francés, para el caso de una probable guerra.

"La Francia desea vivamente de evitar la Guerra. El carácter pacífico, y acaso indolente de su nuevo Rey; las cábalas e intrigas femeniles de aquella Corte; y el poco buen estado de su Hacienda, persuade esta verdad; no obstante, repetidamente y por escrito nos dan seguridades de no faltar al cumplimiento de los tratados, y de concurrir a la guerra si fuese indispensable; pero se hace de un modo mui diferente quando los medios y las voluntades concurren a ella, que quando es sólo efecto de un esfuerzo de obligación y honradez" (107).

Luis XVI, pues, a pesar de todo, está dispuesto a cumplir los tratados firmados. Pero ya se vé que tampoco España está en muy buenas condiciones para declarar la guerra. Y, sin embargo, esta era de temer en vista del posible ataque conjuntado anglo-portugués; porque, como dice Grimaldi: "Amigo con estos Portugueses andamos a vueltas y no quisiera que los ingleses estuviesen de acuerdo con Lisboa para ocuparnos en más partes" (108).

(107) Grimaldi a Bucarelli. San Ildefonso, 27 Julio 1776.

(108) Carta de la nota anterior.

Los portugueses, por su parte, fiados en que Inglaterra acudiría en su auxilio, extremaron cada vez más sus insultos, violando repetidamente las fronteras de las posesiones españolas en América. Llegó a ser tal el malestar creado, que la Corte española expuso la cuestión de estas violaciones a la inglesa, y los mismos ingleses aseguraron a España que de ninguna manera considerarían causa de guerra si España tomaba represalia por ellas. "El Ministerio Británico ha asegurado repetidas veces a nuestro Embaxador, que no tomaría parte en las disputas del día cometidas por los Portugueses en América" (109), decía Grimaldi. Pero la mayor seguridad, ciertamente, de que la posible guerra con Portugal no tendría consecuencias con Inglaterra, estaba en la situación difícil de esta nación, que no le permitía acudir a tantos sitios a la vez.

VI. Final de este período.-

Cuando todo hace presagiar que los asuntos ingleses, en la parte que a España se refiere, parecen casi arreglados, ya que la guerra con sus colonias impide a Inglaterra romper sus relaciones más o menos amistosas con las demás naciones, hay un cambio rápido en las relaciones. En

(109) Grimaldi a Bucarelli. San Lorenzo, 27 Noviembre 1776.

el mes siguiente a la fecha de la carta anterior, en la cual se asegura la continuación de la paz con Inglaterra, escribe Grimaldi: "Exmo Amigo: estamos poco menos que en guerra declarada con Ingleses; ya casi no queda esperanza ninguna de acomodo no obstante hasta ahora no se ha creído conveniente empezarla nosotros, bien que esto hubiera podido traer ventajas, pues se hubieran podido hacer muchas presas en sus navíos." (110).

Los acontecimientos se han precipitado, pues, rápidamente. La guerra va a empezar y no van a ser los ingleses los que la declaren, sino que la declaración va a partir de España. Para que ésta salga de su política de paz armada, tiene que existir un motivo poderoso que la impulse a ello. El motivo existe y es de gran importancia: la guerra de Inglaterra con sus colonias está a punto de concluir (111).

El peligro que existe es enorme. Si, como se espera, Inglaterra llega a un acuerdo con los colonos, España se encuentra en la crítica situación de tener junto a sus fronteras americanas el ejército de su enemiga más importante, las tropas de una nación cuya mayor ambición es tener abiertas las rutas comerciales con todas las provincias americanas. De aquí

(110) Grimaldi a Bucarelli: Madrid, 26 de Diciembre de 1776.

(111) "pues si son ciertas las noticias que corren de que los colonos se hayan dispuestos a entrar en convenio con la Corona Británica, debemos vivir con gran cuidado y recelar prudentemente que puedan invadir nuestras posesiones de América." Grimaldi a Bucarelli, Madrid, 28 de Diciembre de 1776.

que se busque una solución rápida, aunque para ello haya que adelantar la contienda que, de todos modos, se vé venir.

Por fortuna en Portugal, con quien se corría peligro de que se rompiesen las hostilidades, se produce un cambio beneficioso: "Una grave enfermedad tiene postrado en cama al Rey de Portugal le impide hablar: por escrito ha declarado a la Reina su Esposa Gobernadora del reino con todas sus facultades, y sin reserva alguna; pero este acaecimiento no alterará las medidas tomadas por nosotros para alcanzar satisfacción de los insultos cometidos por los portugueses en la América Meridional (112).

Esta noticia indica que España ya apenas si tiene que recelar de Portugal. La enfermedad del Monarca portugués, y las medidas que toma, significan que cesa el Poder del Marqués de Pombal, enemigo acérrimo de todo lo español, y, como tal iniciador de la política seguida en América de hostilizar las colonias españolas. Por otra parte, la nueva Gobernadora era hermana del Monarca español y, en consecuencia, no podía estar predispuesta en contra de éste.

Con estas seguridades de que en las fronteras hispanas no va a darse un ataque sorpresa, España vé más li-

(112) Grimaldi a Bucarelli. Madrid, 28 Diciembre 1776.

bre el camino para resolver sus asuntos americanos. Como el peligro que amenaza es que las colonias inglesas cesen en su lucha contra la Metrópoli, la única solución es ayudar a los colonos contra ella. Y, esto, a pesar del peligroso ejemplo que podía suponer para nuestras propias posesiones el que las inglesas obtuviesen su independencia.

Al año siguiente de esta última carta, en 1777, y cuando ya Grimaldi va a partir para su Embajada en Roma, se entrevistó con uno de los enviados por los americanos para pedir ayuda en Europa. Después España ayudó a la independencia de los colonos ingleses en unión de Francia.

Así termina un período de preparación antibritánica, en el que Grimaldi nos va presentando paso a paso el proceso del momento inmediatamente anterior a la guerra con la Gran Bretaña.

.-----:o O o:-----.

C A P I T U L O V

LOS PROBLEMAS DE LA EUROPA ORIENTAL

En la segunda mitad del siglo XVIII toman gran incremento los asuntos políticos de Europa y dan lugar a sucesos más o menos sangrientos. Y todos los estados occidentales se ven afectados por los acontecimientos orientales, ya que, en definitiva, la paz europea depende de una ligerísima variación que altere el sistema de equilibrio vigente.

La serie de guerras que hasta ahora habían sostenido las potencias occidentales, no habían conducido a la paz, no habían contribuido a dar una solución eficaz para el futuro. Por el contrario, los problemas subsistían y quizás aún más agravados que antes.

Tanto la guerra de la pragmática, que parte cronológicamente el siglo XVIII, como la de los Siete Años, sólo sirvieron para poner a Prusia entre las grandes potencias europeas, y hacer de Inglaterra una fuerza hegemónica mundial. Ambas realidades llevaban implícitos peligros para el futuro del equilibrio europeo, especialmente la tendencia hegemónica de Inglaterra que estaba colocada en una situación privilegiada dentro del sistema vigente, del que era árbitro, mientras su imperio

colonial la ponía a la cabeza de todas las naciones, sustituyendo en este puesto a Francia ya decadente en su anterior preponderancia.

Rusia seguía obsesionada por su eterno problema de buscar una salida al mar. No es, pues, extraño que se interesase por la política del Mediterráneo y del Báltico. Junto a esto, el deseo de ponerse en contacto con el occidente será otro de los móviles rusos que informen los acontecimientos de este período.

Por su parte, los turcos, después de la desastrosa paz de Pasarowitz (1718), habían gozado de 50 años de paz en los que habían podido recuperarse y, en franco afán de desquite, estaban en situación de resarcirse de ella. Su recuperación se debía a una sabia política de "no intervención en los conflictos armados" que, durante esos cincuenta años, no habían dejado de producirse en Europa.

La situación del oriente europeo semejaba, en consecuencia, una gran caldera dispuesta a estallar. Sólo faltaba la chispa que prendiese el fuego, y se produjo por un incidente fronterizo entre Rusia y Turquía.

I. Iniciación de la guerra ruso-turca.-

Al morir Augusto III de Polonia, los rusos habían

intervenido en el reino polaco. Tal intervención, continuación de la que ya hacía tiempo se venía llevando a cabo ininterrumpidamente, impone como rey al rusófilo Estanislao Poniatowski. Francia, cuyos intereses en Polonia se ven amenazados, se alarma ante la enorme influencia rusa y acude, en busca de apoyo, a su tradicional aliada Turquía.

El ministro francés Choiseul se encargó de recordarle al Diván turco que los asuntos polacos no podían serle indiferentes y que debía intervenir en ellos porque según informaba el Marqués de Tott, encargado de los asuntos franceses en Turquía, y sabían todos, los rusos seguían pensando en apoderarse del Mar Negro y ésto sólo lo podían conseguir atacando a los otomanos (103).

En estas circunstancias, era lógico que los turcos desearan un motivo para declarar la guerra a Rusia y atajar así el peligro de que los rusos consiguiesen ventajas en una futura guerra que se fundase en la sorpresa. La violación del territorio otomano por unas tropas rusas que marchaban hacia Polonia, dió ocasión a Mustafá II para declarar la guerra a Rusia. Así parte, oficialmente, de los turcos una agresión que dará origen a una

(113) DRIAUT, Ed.: "La question de Orient". París.

guerra para la que no estaban preparados. La lucha se declaró el 30 de Septiembre de 1768.

En noviembre de este mismo año, Grimaldi, preocupado por la paz, ya que, como dice, "la paz continúa, aunque siempre dudamos de su duración", avisa a Bucarelli el rompimiento de las hostilidades, que podía suponer un peligro para las demás naciones (114).

Esta guerra, como se vé, no sólo preocupaba a las contendientes. Desde el primer momento, el rey de Prusia siente el temor de que tal lucha pueda significar un tremendo peligro para su posición, si una de las dos potencias aniquila a la otra, temor que es perfectamente explicable porque su posición como potencia europea está comenzando a desarrollarse y en modo alguno le conviene un vecino tan poderoso como sería una Rusia con salida al mar o una Turquía prepotente. Con todo, la guerra se vé lejana en lo que al resto de Europa se refiere (115).

Aun se estaba en Navidades y lo más pronto que empezaría la guerra sería al llegar el buen tiempo. Pero

(114) "los turcos han declarado la Guerra a los Rusos". Grimaldi a Bucarelli. San Lorenzo, 25 de Noviembre 1768.

(115) Grimaldi a Bucarelli. Madrid, 24 Diciembre 1768. A.G.I., Indif. Gral. 1630.

entre tanto, los rusos y los turcos no descuidaban nada. (116), y se preparaba para emprender las hostilidades.

El invierno del 68 al 69 es un invierno de gran actividad diplomática en la Europa oriental. Se temen que la lucha siga "a menos que el Rey de Prusia, que procura cortar este incendio, no logre durante el invierno algún acomodo con las dos dichas potencias" (117).

Pero los esfuerzos prusianos fracasan. En la primavera de 1769, cuando los genízaros se presentan ante el Dniester, sufren la primera derrota y son dispersados. (118)

La derrota turca origina para esta nación una serie de problemas a cual más desastroso. Por de pronto, como consecuencia de ella, "han perdido la Moldavia"(119)

(116) "si no es de continuar los preparativos de guerra entre Turcos y Rusos". Grimaldi a Bucarelli, Madrid, 24 Diciembre 1768. A.G.I. Indf. Gral. 1630.

(117) Grimaldi a Bucarelli, 24 Diciembre 1768.

(118) "Dura la Guerra entre Rusos y Turcos. Estos últimos han sido derrotados cerca del Dniester". Grimaldi a Bucarelli, 26 Noviembre 1769.

(119) En la misma carta de la nota anterior. A.G.I. Ind. f. Gral. 1630.

y se ha visto la carencia de fuerza coercitiva en el ejército turco que, si bien es cierto dispone de gran número de hombres y de dinero, no posee disciplina ni táctica.

Rusia, al mismo tiempo que conseguía su victoria terrestre, pone en práctica una expedición marítima que denota claramente cuál era su espíritu y su tesón cuando necesitaba emplear sus fuerzas. Cerrado el camino directo al Mediterráneo, concibe una empresa arriesgada. Lo dice Grimaldi: "La Rusia ha emprendido una expedición marítima bien atrevida, pues enbía desde el Báltico, una Escuadra, de quince o dieciocho velas, la que ya ha pasado el Canal de Inglaterra con el objeto de atacar a los Turcos en Levante" (120).

La guerra llevaba camino de prolongarse. Catalina, contra la bandera que defendió en la Confederación del Mar, se declaró defensora de las provincias cristianas de Turquía, que pensaba rescatar de los infieles. Con esto, daba un nuevo título de aparente desprendimiento justificativo de su deseo de obtener una salida al Mediterráneo.

(120) Grimaldi a Bucarelli. 26 Noviembre 1769. A.G.I., Indf. Gral. 1630.

II. La época del Sistema Político Alemán.

El año 1770 fué un año decisivo para la suerte del Imperio otomano. El golpe atrevido de Rusia cuando mandó unos navíos costeano Europa, era tan inesperado como importante, porque cogía a los turcos entre dos fuegos. Con tal recurso la situación cambiaba tan rotundamente que el futuro no ofrecía demasiadas dudas.

También en España se vé claro cuál va a ser el resultado. En Enero de 1770 comunica Grimaldi a Bucarelli la diferencia de preparación que existe entre rusos y turcos. (121). El panorama, para los turcos, no puede ser más desolador; y todas las naciones se dan cuenta de que, por sí sola, Turquía no puede nada contra Rusia.

En tales condiciones, Turquía tenía perdida la lucha. En consecuencia, Francia que percibe el nuevo giro de los acontecimientos, intenta intervenir a favor de los turcos; pero como reacción los ingleses, aliados de

(121) "los turcos se hallan en la mayor desolación sin Navíos, sin Exercito disciplinado, y solo tienen abundancia de dinero, y multitud de hombres, mal industriados en la Guerra". Grimaldi a Bucarelli, El Pardo, 27 Enero 1770. A.G.I. Indf. Gr1. 1630.

Rusia, anuncian que considerarán "casus belli" cualquier intento de este género. En estas circunstancias, privada de su aliada borbónica, la nación turca se encuentra en grave peligro.

El resultado es que, reducido a sus propias posibilidades, el Imperio Turco está a punto de desaparecer. Orloff, tras la batalla de Chio, deja a los otomanos a merced de Catalina II. La guerra, como dice Grimaldi, continúa "entre Turcos y Rusos, con tan grandes ventajas a favor de éstos que se puede temer llegasen a apoderarse de Constantinopla" (122).

El que esto pueda suceder supone la ruptura del equilibrio en el Oriente europeo. Y, como más directamente afectadas, las potencias de Centro Europa no pueden permanecer impasibles. Abrumada por estos acontecimientos que ponen en peligro su situación privilegiada en Europa Central, Prusia intenta que Rusia firme la paz con Turquía; pero las exigencias rusas la hacen fracasar. Era lógico que los rusos se mostrasen exigentes cuando, entre tanto, habían conquistado Crimea, obligando al Kan de los tártaros a huir a Constantinopla.

Prusia y Austria, las eternas potencias rivales,

(122) Grimaldi a Bucarelli. San Lorenzo, 26 Octubre 1771. A.G.I. Indf. Gral. 1630.

van a ponerse momentáneamente de acuerdo, formando, por su parte, ante el peligro de que los rusos se apoderasen del Danubio, "el sistema político alemán" que convierte la guerra en una posibilidad inminente.

Las demás potencias europeas no pueden menos de sentir temor ante la posibilidad de que la guerra se propagase. "Es cierto que si se empeñasen los príncipes de Alemania en la guerra de Turcos y Rusos pudiera fácilmente extenderse hasta nosotros" (123). En efecto, Inglaterra y Francia aprovecharían la ocasión para tomar posiciones opuestas y de este modo zanjar de nuevo sus diferencias. Como consecuencia, España se vería obligada a intervenir en el conflicto.

Pero la actitud de Alemania indica que la paz puede continuar aunque siempre pendiente de un hilo. Los movimientos de tropas prusianas son sólo un alarde de fuerza de los alemanes para conseguir que Rusia firme la paz (124). Pero al adoptar esta actitud, si no se conseguía que Rusia llegase a un acuerdo, si la paz "no se logra concluir por las pretensiones exorbitantes de

(123) Grimaldi a Bucarelli. 27 Julio 1771. A.G.I. Indf. Gral. 1630.

(124) "El Emperador, que ha puesto en movimiento sus ejércitos, hasta ahora sólo aparenta el objeto de impedir las excesivas conquistas de la Rusia y obligar a ésta Potencia a una paz razonable". Grimaldi a Bucarelli, San Ildefonso, 27 Julio 1771. A.G.I., Indf. Gral. 1630.

la Rusia se verá el Emperador obligado el año que viene a mezclarse en la Guerra" (125).

III. Posible extensión de la Guerra.-

El Rey de Prusia, en efecto, quería a todo trance conseguir la paz, porque tener a Rusia en el Danubio suponía un gran peligro para su situación en Alemania. Gracias a este interés prusiano, su presión sobre Rusia permitió mantener localizado el conflicto. Pero a finales del 71, parece que el sistema político alemán se vá a deshacer.

Grimaldi señala que, siguiendo como sigue, la guerra entre turcos y rusos "hai recelos que se agregue el Emperador a los primeros, y la Prusia a los Segundos" (126). Esta actitud se debe a que los rusos habían conquistado Crimea, obligando al Kan de los tártaros a huir de Constantinopla.

Austria se alegrará ante estos acontecimientos -aun más, si es posible, de lo que ya estaba alarmada-,

(125) Grimaldi a Bucarelli. San Lorenzo, 26 Octubre 1771. A.G.I. Indf. Gral. 1630.

(126) La misma carta de la nota anterior.

y ofrece su mediación diciendo que no consentiría a Rusia pasar el Danubio. Como quiera que la Zarina, viendo las grandes ventajas que tenían conseguidas sus tropas contra los turcos, no estaba dispuesta a ceder, la posición de Austria pasa a ser hostil a los rusos y se alía a los turcos para ayudarles contra aquellos.

Prusia como reacción, ya que no desea tampoco el engrandecimiento de Austria, ofrece su alianza a los rusos. En esta situación, parece como si la guerra se fuese a extender por todo el mundo europeo.

Así, el temor de que comience una guerra en Centro Europa, se vá apoderando de las cortes, y en todos vá cundiendo el temor de que, si dura la paz, será por poco tiempo. En los países meridionales de Europa, el peligro se vé aun lejano: "Nada hay que decir a V.E. de Europa: Continúa (Gracias a Dios) la Paz, por lo que toca a nuestras Potencias Meridionales" (127); pero, sin embargo, se piensa que, si la guerra entre rusos y turcos continuase, y no se hace la paz en el invierno de 1771 a 1772, tomarán parte en la contienda Austria y Prusia, como consecuencia también tomará parte el resto de las naciones europeas que se verá arrastrado a la con-

(127) Grimaldi a Bucarelli. Madrid, 25 de Diciembre de 1771. A.G.I., Indf. Gral. 1630.

tienda (128).

Este peligro es probable, pero como dice Grimaldi "es de tal naturaleza que debemos verle venir de lejos, y moralmente hablando nos suministraría tiempo para precavernos" (129).

No piensa, pues, Grimaldi en la posibilidad de un arreglo inmediato de los asuntos ruso-turcos. Es más, su temor de que el fuego bélico se propague, se mantendrá hasta que se encuentre con el hecho consumado de un inesperado arreglo.

IV. El arreglo, en perjuicio de polacos.-

Mientras Grimaldi, expresa sus temores, ya se ha llegado a un acuerdo que, por cierto, parecía imposible hasta entonces. En efecto, el 15 de enero de 1772, se firma el primer reparto de Polonia.

La solución no podía ser más arbitraria; pero con-

(128) "es muy probable se mezclen en aquella Guerra el Emperador y el Rey de Prusia con lo qual extendiéndose este castigo del cielo a la Alemania se podía temer fuese ganando poco a poco y llegase hasta nosotros aunque contra nuestra voluntad." Grimaldi a Bucarelli, 25 Diciembre 1771.

(129) Carta de la nota anterior.

tienda (128).

Este peligro es probable, pero como dice Grimaldi "es de tal naturaleza que debemos verle venir de lejos, y moralmente hablando nos suministraría tiempo para precavernos" (129).

No piensa, pues, Grimaldi en la posibilidad de un arreglo inmediato de los asuntos ruso-turcos. Es más, su temor de que el fuego bélico se propague, se mantendrá hasta que se encuentre con el hecho consumado de un inesperado arreglo.

IV. El arreglo, en perjuicio de polacos.-

Mientras Grimaldi, expresa sus temores, ya se ha llegado a un acuerdo que, por cierto, parecía imposible hasta entonces. En efecto, el 15 de enero de 1772, se firma el primer reparto de Polonia.

La solución no podía ser más arbitraria; pero con-

(128) "es muy probable se mezclen en aquella Guerra el Emperador y el Rey de Prusia con lo qual extendiéndose este castigo del cielo a la Alemania se podía temer fuese ganando poco a poco y llegase hasta nosotros aunque contra nuestra voluntad." Grimaldi a Bucarelli, 25 Diciembre 1771.

(129) Carta de la nota anterior.

dujo al fin deseado por las potencias centroeuropeas. Rusia satisfecha con las anexiones territoriales que se le ofrecían, no tenía demasiado interés por extender sus conquistas hacia el Danubio.

Desde este momento, la Guerra ruso-turca comienza a languidecer, y el propio Grimaldi lo señala, aunque manifestando su extrañeza por la solución dada.(130).

El reparto, llenando las ambiciones de rusos, austriacos y prusianos, parece que va a conducir a la paz en la Europa oriental. Muy pronto Grimaldi advierte "entre rusos y Turcos, queda arreglado un Armisticio, y en un congreso en Budapés, es de creer se concluya un tratado de paz" (131).

Ciertamente los turcos, que se encuentran completamente desamparados, y que ven como una serie de intereses se han aliado contra ellos, no pueden esperar auxilio en ninguna parte. Por lo mismo, no es extraño que, poco a poco, los políticos españoles se esperancen en la pronta terminación de la Guerra (porque no pudien-

(130) "La de Turcos y Rusos está mui proxima a concluirse, pero de un modo bien extraño, pues se trata de que sea a expensas de un tercero inocente, qual es la Polonia". Grimaldi a Bucarelli. Aranjuez, 27 Mayo 1772..A.G.I., Indif. Gral. 1630.

(131) Grimaldi a Bucarelli. Aranjuez, 24 Junio 1772.

do esperar los turcos socorro de ninguno de los tres usurpadores de la colonia, se verán éstos obligados a pasar por todo lo que la Rusia quiera" (132). Pero, así y todo, la guerra continúa aún; y el por qué es fácil de explicar: Rusia, ocupada por varios sucesos como el reparto de Polonia y la recuperación sueca, de lo que se trata en otro lugar, no puede ocuparse en la tarea de dar una batalla decisiva que termine la guerra que sostiene con Turquía. Por otra parte el gran Imperio otomano no está completamente acabado como muy bien señalaba un periódico español de la época "considerando atentamente la actual situación del imperio otomano, veremos que su decadencia no es tanta como vulgarmente se cree" (133).

Durante los primeros meses del año 73, se espera que, de un momento a otro, se ajuste la paz en un congreso convocado en Bucarets; pero todavía no se adivinan las bases prácticas sobre que cimentar una solución.

Por otra parte, en cuanto se refiere a las repercusiones del conflicto, el panorama se va a compli-

(132) Grimaldi a Bucarelli. Aranjuez, 24 de Junio de 1772. A.G.I., Indif. Gral. 1630.

(133) Mercurio Histórico y Político. Enero 1773.

car de momento. Rusia "continúa la guerra con el turco habiéndose disuelto el Congreso de Bucarets por no haberse podido ajustar las partes entre las dos potencias beligerantes" (134).

Aunque, de momento, se evita el peligro de que el conflicto se extienda, el futuro no está claro. Grimaldi advierte: "este nublado pues queda sosegado por ahora bien que no sé qué sucedera el año que viene, habiendo mucha leña al fuego, ya sea que la Rusia acave su guerra con el Turco y vuelva sus proyectos contra la Suecia de que hay bastantes indicios" (135).

En efecto, nada era más probable, ya que el Rey de Suecia había conseguido dignificar su país y se había independizado de la influencia de Rusia, poniendo coto a la expansión rusa en una de sus salidas al mar, la del Báltico, que con el bastión al Mediterráneo eran sus máximas aspiraciones.

Otro de los temores que se tenían era que los rusos "continuando la guerra con la misma felicidad contra los turcos lleguen a apoderarse de Constantinopla," lo cual sucedería siendo un peligro porque el poder de

(134) Mercurio Histórico y Político, enero 1773.

(135) Grimaldi a Bucarelli. Aranjuez, 25 Mayo 1773. A.G.I. Indif. Gral. 1630.

Rusia sería enorme y "no era posible que todas las potencias dejen de mezclarse en la danza para impedir una preponderancia tan enorme qual sería la de Rusia dueña del Báltico y del Mediterráneo" (136).

V. El canto del cisne turco.-

Bucarelli, el corresponsal de Grimaldi, desde lejos, y como si se sintiese solidario del juicio que aun confiaba en el poder turco, parece prevér lo que va a ocurrir inmediatamente en esta guerra, ya casi aletargada por los últimos sucesos. Desde Méjico escribe: "Bueno será que dure la guerra entre rusos y turcos, éste ha sido buen aliado en muchas ocasiones de la Francia, le sobran gentes y Dinero y pueden con auxilios despertar el Letargo y hacer ofensiva la guerra, que hasta ahora no han sabido sostener defensiva"(137).

Entonces empieza el canto del cisne turco. Los ejércitos otomanos consiguen algunas limitadas ventajas, poco importantes para decidir una guerra, pero trascendentales en cuanto por ellas, como dice Grimaldi, "es da-

(136) Grimaldi a Bucarelli. Aranjuez, 25 Mayo 1773.
A.G.I. Indif. Gral. 1630.

(137) Bucarelli a Grimaldi. Méjico, 28 Julio. A.G.I.
Ind. Gral. 1630.

ble que la Czarina se preste a la paz" (138).

En una situación tan crítica para el imperio turco, muere el 21 de Septiembre de 1774, Mustafá III y le sucede su hermano Abdul-Hamid. El momento era difícilísimo: Amed Pacha de Bagdad era independiente; Taher, sostenido por las tribus árabes del desierto, había tomado el título de Scheith de Acre y de Galilea; Egipto, bajo el mando de Muhamed-Bey, no guardaba más que una fidelidad aparente; Muhamaud, Pacha de Scutari, de Albania, estaba en plena revuelta" (139).

Era, pues, realmente, uno de los momentos más difíciles que había conocido la historia otomana. Ya el Mercurio Histórico había señalado: "Para que este imperio resucitase y recobrase su antiguo lustre, necesitaría un sultán legislador y guerrero" (140), y efectivamente, sólo el Monarca guerrero que supone "El Mercurio", podría superar la crisis, ayudado por la suerte, y mediante un enorme esfuerzo.

(138) Grimaldi a Bucarelli. San Ildefonso, 25 de Agosto de 1773. A.G.I., Indif. Gral. 1630.

(139) JONQUIER, A.: "Historia del Imperio otomano". París, 1881. pág. 384-85.

(140) Mercurio Histórico y Político. Enero, 1773.

En estas circunstancias toma las riendas del poder un hombre "que ha estado encerrado quarenta años y que por consiguiente nada sabe del mundo" (141).

Catalina, que no quiere dar ninguna oportunidad de restablecimiento al poder turco, decide en estos momentos tomar venganza de los últimos reveses, y Romanoff consigue forzar las puertas del Danubio e infringir una dura derrota a los turcos.

Sólo entonces comienzan las efectivas negociaciones de paz aunque no haya seguridad de su inmediata terminación (142).

Por fin, en Julio de 1774, se pone fin a la lucha ruso-turca: "Los turcos acaban de hacer su paz con los rusos." Se firmó el 17 de Julio de resultas de haber el Gran Visir deseado batir diferentes cuerpos suyos, siendo cada uno de ellos de treinta o 40 mil hombres, atacados sólo por 8 o 10 mil. Estos malos sucesos, provenidos de la ignorancia e indisciplina de los Turcos, obligó al Gran Visir a precipitar la paz. No se saben las condiciones, pero se creen muy ventajosas a la Ru-

(141) Grimaldi a Bucarelli. Aranjuez, 23 Abril 1774.
A.G.I. Indif. Gral. 1630.

(142) Grimaldi a Bucarelli. Aranjuez, 25 Junio 1774.
A.G.I. Indif. Gral. 1630.

sia" (143).

Las condiciones de esta paz son, en efecto, tan ventajosas para Rusia que Turquía queda como una especie de provincia rusa, y la influencia comercial y política de Rusia será la que dirija los asuntos turcos. Sin embargo, la paz de Kutchuk-Kainardji, aparentemente es un modelo de contención rusa. Rusia obtenía pocas ventajas territoriales; Azov, Kertch, Ienitrole, Kimbiern. Obtenía también la libertad de Crimea, y el libre comercio en el Mar Negro. Pero en otras cláusulas un poco vagas, consigue de hecho la Zarina el protectorado de los principados rumanos y de los cristianos del reino otomano.

Austria, por su parte, aprovecha sus oficios de mediadora para sacar ventajas de la contienda. Por el principio de "igualdad de las partes", ocupa Bukovina y el Sultán ha de consentirlo, dándole potestad para comerciar libremente en el Mar Negro.

Así termina el asunto ruso-turco que tanto preocupó a las Cortes europeas, cuyo máximo temor era que se

(143) Grimaldi a Bucarelli, 26 de Agosto 1774. A.G.I. Indif. Gral. 1630.

rompiese un teórico equilibrio entre potencias que poco a poco habrían dejado de estar prácticamente equilibradas.

.-----:o O o:-----.

CAPITULO VI

EL REPARTO DE POLONIA.-

Como se vió en el Capítulo anterior, la guerra ruso-turca comienza a languidecer a continuación del primer reparto de Polonia. El gran latrocinio aparece como una solución para tres potencias europeas, en el momento en que dos de ellas (Prusia y Austria) advierten que las conquistas territoriales de la tercera (Rusia), amenazan su poder. En realidad, el reparto era algo que se venía gestando desde hacía tiempo.

I. La elección de Poniatowski.-

Ya a raíz de la elección de Augusto III habían surgido numerosos choques entre Rusia y Francia, que consideraban cada una de ellas a Polonia como una zona de exclusiva influencia, y no cabe duda de que fué la primera la que alcanzó las mayores ventajas. Los años posteriores fueron algo todavía peor; "el largo y desastroso reinado de Augusto III ocasionó este axioma que la Polonia subsistía por la anarquía" (144).

Augusto III, impuesto por los rusos en contra de

(144) Carlos Forstes: "Historia de Polonia". Pág. 116. Barcelona, 1840..

la voluntad de todo el país, muere el 5 de Octubre de 1763 y, con su muerte, llegamos "al reinado de Estanislao Augusto Poniatowski, en quien se verificó el triple desastre del país" (145).

En la elección del nuevo Monarca, Rusia se empleó a fondo para conseguir el nombramiento del que había sido amante de Catalina II. Los soldados rusos llegaron a invadir el mismo salón de reuniones de la Dieta. En un momento de tan enorme trascendencia, los polacos se extinguieron en dos bandos, declarándose así la anarquía que sería motivo para que fuera enviado ^{el} ruso Respuin, quien hacía y deshacía en la Dieta. No es pues extraño que resultara elegido rey aquel polaco que pudiera convertirse en instrumento ruso, aquél hombre a quien se pudiera aplicar esta definición de la Zarina: "Es indispensable que coloquemos en el trono de Polonia a un polaco que nos convenga, útil a nuestros verdaderos intereses, en una palabra que deba su elección a nosotros" (146).

Por lo demás, Catalina sabe eliminar toda oposición internacional peligrosa y "en un tratado secreto entre Rusia y Prusia (Marzo 1764), quedaba ya acordado

(145) FORSTER, Carlos: "Historia de..." pág. 118.

(146) LUZSCHIENSKI, "Historia de Polonia". pág. 207. Barcelona, 1945...

que Poniatowski sería Rey" (147).

Naturalmente el Monarca así elegido no pasaba de ser un muñeco de paja, dócil como testafierro de las aspiraciones de Catalina.

Los mismos polacos comprendían que en modo alguno podía ser pacífico este reinado. Ya en unas noticias remitidas desde Varsovia en el momento de reunirse la Dieta, se advertía: "Sería alucinarse mucho el creer, que la elección de nuestro rey se ha de hacer pacíficamente. Esto sería muy contrario a las apariencias y poco menos que un milagro... Protectores armados son siempre de temer, por más que aseguren, que miran por la paz; y cuante mayores son sus fuerzas, tanto más nos parecen temibles. (148).

II. El alzamiento polaco y la intrusión extranjera.-

El recelo hacia las tropas protectoras y las continuas humillaciones que hubieron de sufrir los polacos, dieron nuevo vigor al antiguo valor polaco, cuyo pueblo se arma contra el invasor. Así es como, el 20 de febrero de 1768, los polacos forman la Confederación del Bar, que

(147) FORSTER, Carlos: "Historia de..." pág. 119.

(148) Mercurio Histórico. Noticias de Varsovia. Junio, 1764.

toma por bandera el "liberum vetum", la unidad católica religiosa de Polonia y la expulsión de tropas extranjeras. Al frente de los confederados se pone José Pulareski y sus hijos.

Este extraño surgimiento de fuerzas escondidas en una nación no puede menos de asombrar, ya que parecía acabada". "Pero es que empieza para Polonia, una edad heroica y loca". Heroica porque toda la antigua bravura de la raza despierta. Loca porque el momento ya ha pasado y ni siquiera las armas pueden nada contra la aplastante lógica de la situación (149).

La guerra, como toda guerra civil, adquirió caracteres de gran ferocidad, y por ambos bandos se llevaron a cabo grandes atrocidades. Además, por añadidura, junto a la situación interior, empezó a plantearse la colisión de poderes internacionales.

Se han señalado los hechos que impedían la intervención de las potencias europeas en Polonia. "Aumentábase todos los días la influencia de los Rusos en Polonia y sus progresos se extendían a Turquía; semejante estado de cosas hubiera debido necesariamente alarmar a las otras potencias, si no se hubiese encontrado cada una de

(149) LUZSCIENSKI: "Historia de..." pág. 217.

ellas ocupadas en su propia situación" (150). Pero, a pesar de encontrarse las demás potencias en este estado de preocupación por sus propios asuntos, la decisión de la guerra Ruso-Turca en favor de los moscovitas, fué el toque de alarma necesario para que intervinieran otras potencias en los negocios polacos. Esta intervención fué el mayor desastre que pudo ocurrirle a Polonia.

En 1771 aparece un manifiesto en Rusia hablando de los desórdenes del reino de Polonia y dando pie a los aliados para ocupar una parte de aquél país con objeto de evitar tales desórdenes.

III. Razón de estado y razón ética en el problema polaco.-

Ya sabemos que las primeras noticias de este reparto aparecen en la correspondencia de Grimaldi en el mes de Mayo de 1772. Habla Grimaldi de la extraña solución que se ha buscado a la guerra ruso-turca, a expensas de un tercero inocente, y explica el acuerdo a que se ha llegado: "Se han puesto de acuerdo las tres Potencias de Viena, Petersburgo y Berlín, y han convenido

(150) FORSTER, Carlos: "Historia de...", pág. 124.

en repartirse entre las tres una buena porción del citado reino, a cada uno la que más le conviene, confirmando después y siendo garantes de la conservación del actual Rey de Polonia, en la Porción que le quede después del Reparto" (151).

Ante este reparto, incomprensible para Grimaldi (hombre de mentalidad dieciochesca, que no comprende cómo puede triunfar un desafuero semejante en un mundo entre hombres civilizados), la reacción del Ministro español es de indignación (152); pero de una indignación que se preocupa, al mismo tiempo que por el problema moral, por sus consecuencias materiales (153).

En el Norte de Europa, Suecia, que hasta poco antes había sido una especie de protectorado ruso, había encontrado un Monarca capaz que había sabido engrandecer su poder y liberar a su pueblo de la tutela extranjera.

(151) Grimaldi a Bucarelli. Aranjuez, 27 de Mayo de 1772. A.G.I., Indif. Gral. 1630.

(152) "No creo que se halle en la Historia cosa igual". Grimaldi a Bucarelli. Aranjuez, 27 de Mayo de 1772.

(153) "las consecuencias, que anuncian un trastorno del sistema político del Norte, el que podría acaso producir en breve nuevas guerras". Grimaldi a Bucarelli. San Lorenzo, 25 Noviembre 1772. A.G.I., Indif. Gral. 1630.

Grimaldi, teme que Rusia, libre de la guerra turca, a la que ponía fin con este reparto de Polonia, pudiese volver sus ejércitos al Norte y recuperar por la fuerza, su perdida influencia en Suecia.

El panorama no puede, pues, ser más tormentoso. El reparto no se ha confirmado aún. Puede ser sólo una falsa alarma. Y el Ministro español, asustado por las consecuencias que puede tener, aunque sabe que la noticia es verosímil, aún quiere atenerse a la posibilidad de que su temor sea infundado (154). Más la confirmación, desgraciadamente, viene muy pronto; y de nuevo vuelve a insistir Grimaldi en la injusticia del reparto (155).

^A En este inmoral reparto se sumaban los intereses de tres naciones diversas, representadas también por los tres Monarcas más distintos. "Jamás se vieron cómplices más dispares y aun más antagónicos, que estos tres grandes soberanos de Europa, reunidos para llevar a término el estreno de la fechoría histórica que luego había de alcanzar tantas reprises" (156). En efecto se coordina-

-
- (154) "sobre la qual (el reparto de Polonia) por muy singular no se determina la gente a creerla segura hasta verla nuevamente confirmada". Grimaldi a Bucarelli. San Lorenzo, 25 Noviembre 1772.
- (155) "Pero lo que es muy extraño, acaso nunca visto, y se puede decir no menos injusto, es el convenio que han hecho las tres potencias... de repartirse una parte de Polonia". (Grimaldi a Bucarelli).
- (156) Aranjuez, 24 Junio 1772.
LŪZSCIENSKI: "Historia de..." pág. 221.

ban muy mal, el carácter personalmente frívolo de Catalina de Rusia con el francamente mojigato de María Teresa de Austria y con el espartano y sobrio del rey prusiano.

IV. La reacción ante el "Gran Latrocinio.-

Las Cortes restantes, no pudieron menos de manifestar su indignación ante la felonía aliada, y empiezan las protestas que no conducen a nada. "Por las Gacetas sabrá V.E. la infamia (que así se pueden llamar) que han cometido las tres Cortes de Viena, Berlín y Petersburgo, de tomarse cada una, una gran porción del Reyno de Polonia" (157).

Y aunque quizás exagerase su estupor Grimaldi, es cierto que en la Cristiandad no se había producido casi nada igual. Sólo la creciente descristianización de los poderes temporales podía responder de la sorpresa que manifestaba el Ministro español: "Nuestro siglo suministra sucesos que difícilmente se encontrarán en la Historia de los tiempos" (158).

En definitiva, todos se mostraban acordes en atri-

(157) Grimaldi a Bucarelli. Aranjuez, 24 Junio 1772. A.G.I., Indif. Gral. 1630.

(158) Grimaldi a Bucarelli. San Lorenzo, 25 Noviembre 1772. A.G.I., Indif. Gral. 2630.

buir a la insaciable codicia de las potencias vecinas los males que afligían a Polonia. Y acertaban los periódicos de la época al señalar las causas y al manifestar la gravedad de los acontecimientos: "Las adversidades de este Reino son bastantes sabidas sin que nos detengamos en la descripción de ellas. Bien notorio es que después de haber experimentado por espacio de cinco años todas las fatalidades que trae consigo una guerra intestinal, se ha visto expuesto a la codicia de Tropas Extranjeras, y que entre tantos males aun parece que se le niega el recurso de la desesperación" (159).

El desmembramiento de Polonia era algo que rompía todos los derechos anteriores. Conscientes de ello, las cortes aliadas, queriendo, además, dar un tinte de legalidad a un acto injustificable, hicieron que, en 1773, Poniatowski convocara una Dieta y que en ella se sancionara el reparto. La actitud del patriota Ryten fué la de un héroe; pero Poniatowski tuvo que ceder. A cambio recibió el título de Príncipe. Ante estos hechos, los polacos se encontraron completamente desamparados y abandonados al arbitrio de las naciones circundantes que se aprovechaban de su privilegiada situación.

(159) Mercurio Histórico y Político. Enero, 1773.

Un país católico, como Polonia, era natural que pusiese sus últimas esperanzas en la Santa Sede. Realmente, el Romano Pontífice, no podía dejar de inquietarse ante los sucesos de un reino católico, y más cuando este reino estaba pasando por una de las más graves crisis de su historia (160); Pero en la Roma de aquellos años se hallaban lo bastante embrollados con sus asuntos para poder apoyar eficazmente a una nación en peligro. Como ya se ha visto, en estos años se lleva a cabo la extinción de la Compañía de Jesús y en 1774, el Pontífice muere y ha de ser elegido su sucesor, entre las intrigas de las Cortes y miles de dificultades. Por todo esto, la Santa Sede no pudo prestar a Polonia la menor ayuda en el trance en que se hallaba. (161).

V. La consumación del reparto.-

Ante las lamentaciones y la indiferencia de las demás naciones se consumó este reparto.

Seguía aún, aunque ya languideciendo, la guerra entre rusos y turcos. Y la Zarina, aprovechando el deseo del Rey de Prusia de sostenerla en sus conquistas en Turquía, cada vez se apropiaba de mayores porciones

(160) Sacrum Poloniae Millenium. Roma, 1954. pág.140-143.

(161) Sacrum Poloniae... Roma, 1954, pág. 140-143.

del reino polaco, cosa que también hacían los otros aliados, aunque los tres habían salido garantes del mismo, una vez nombrado Príncipe Poniatowski (162).

A pesar de que la situación, como se vé, resultaba clara para las demás naciones, ya que no era un secreto que una vez efectuado este acto de violencia en una nación se produciría un desorden total en los principios de Derecho Internacional que habían regido en la Edad Moderna y que "este desorden que acaso será fatal en lo venidero a las demás potencias"(163),

↳
(Era causa suficiente para la intervención armada de las otras naciones (intervención que era lógica teniendo presente la teoría del equilibrio europeo) "el deseo que tiene la Inglaterra, la Francia y nosotros de comenzar la paz, hace que descuidemos aquellas importancias y que se les deje hacer (a los rusos) lo que se les antoje" (164).

Esta preocupación de las distintas naciones, sólo deseosas de conservar la paz, y temerosas de que esta pudiera romperse, se manifiesta repetidamente y dá pie a

(162) "Se duda aun que les baste a cada uno de ellos lo que habían señalado querer, pues con vanos pretextos tan infundados como los pasados, van pidiendo más Plazas y más Provincias". Grimaldi a Bucarelli. Madrid, 24 Diciembre de 1773. A.G.I., Indif.Gral.1630.

(163) En la misma carta citada en la nota anterior.

(164) En la misma carta.

que se pudiesen aprovechar las otras Cortes repartiéndose impunemente el territorio de Polonia, cuyo único delito había sido el tener fronteras con naciones ambiciosas.

Por eso, no es extraño que, de acuerdo con las previsiones de Grimaldi, animados los aliados por el buen éxito de sus repartos, fuesen poco a poco aumentando las porciones del reino que deseaban quedarse: "En Polonia las Cortes usurpadoras dan indicios de no contentarse con lo que han tomado, y sí de querer extender sus redes para que se verifique que quien hace un casto hará ciento. (165).

No existe documento que de una manera más concisa y exacta resuma el planteamiento, el desarrollo y el destino futuro de la nación polaca, que una carta donde Grimaldi atestiguaba cómo "los tres usurpadores de la Polonia, aprovechando de las circunstancias de Europa, y olvidados de los principios de Equidad y justicia van extendiendo sus límites en aquel Reino, y aumentando sus robos" (166).

En esta situación se llega a la paz ruso-turca.

(165) Grimaldi a Bucarelli. El Pardo, 26 de Marzo 1774. A.G.I., Indif. Gral. 1630.

(166) Grimaldi a Bucarelli. Aranjuez, 25 Mayo 1774. A.G.I., Indif. Gral. 1630.

Cabía esperar que los tres aliados en la cuestión polaca, conseguido su objetivo primitivo al proponer el reparto, se conformasen con lo ya obtenido; pero, como dice Grimaldi, en las últimas referencias al asunto que tenemos en la correspondencia, "las tres potencias que se hicieron árbitros de la Polonia, procuran a porfía extender sus usurpaciones" (167).

Las usurpaciones, en efecto, sólo acabarían con la extinción de la nación polaca.

.-----:o o o:-----.

(167) Grimaldi a Bucarelli. Madrid, 24 de Diciembre de 1774. A.G.I., Indif. Gral. 1630.

C A P I T U L O V I I

LA CUESTION AFRICANA.-

Existe un aspecto en la correspondencia de Grimaldi, al que este Ministro apenas si dedica una ligera referencia y que, sin embargo, es un punto con el que está íntimamente relacionada su salida de España y su marcha a Roma, en una Embajada que sirve de honorable retiro al hasta entonces Secretario de Estado. Se trata de la cuestión marroquí.

Las relaciones entre España y África habían cambiado en el reinado de Carlos III. "Al ocupar Carlos III el trono español, la política seguida en África se modificó esencialmente, sustituyendo los intereses materiales de España a los propósitos de invasión y nuevas conquistas." (168).

Hasta entonces, y sobre todo durante la dinastía de los Austrias, la política seguida con Marruecos había sido enteramente impulsada por los ideales de cruzada. Ahora se va a llegar a unas relaciones más realistas, basadas en unos supuestos amistosos.

(168) DANVILA Y COLLADO, Manuel: "Reinado de..." tº IV, pág. 161.

I. Las primeras Embajadas.- (169)

Comienzan las negociaciones con el Rey de Marruecos utilizando la persona de un judío masellés llamado Samuel Sumbell. El Emperador marroquí, valiéndose de él, y con su sincera hispanofilia por delante, consigue que el P. Girón escriba a Carlos III, dándole cuenta de la buena disposición que había en aquella Corte hacia nuestra patria.

A partir de entonces, se inicia una correspondencia entre Grimaldi y el P. Girón, a lo largo de la cual se advierte que es necesario trasladar los tanteos officiosos al plano de la negociación oficial.

Cuando se llega a este punto, el 2 de Febrero de 1766, Fray Bartolomé Girón es recibido en audiencia por Sidi Mohamed. En esta audiencia, después de agasajar al religioso español, acuerda el Emperador nombrar como Embajador extraordinario ante el Rey de España a Sidi Hmed el Gazel.

La persona del recién nombrado Embajador es una

(169) Los apartados 1 y 2 de este Capítulo se han redactado siguiendo la obra de Rodríguez Casado, V.: "Política Marroquí de Carlos III". Madrid, 1946.

de las más interesantes figuras de los marroquíes de todos los tiempos. Hombre culto, poeta refinado, fué hasta su muerte un buen amigo de España.

Cuando llega a nuestra nación se le recibe con una ininterrumpida serie de agasajos. En Sevilla se hospedó en el Alcázar y fué sobradamente cumplimentado. Llegó hasta el Rey y después de presentar sus obsequios, y hacer protestas de la amistad que nos tenía el Sultán de Marruecos, emprendió su viaje de regreso.

En correspondencia a este emisario, era menester que España enviase un Embajador a Marruecos y por esto, el 10 de Noviembre de 1766, Grimaldi comunica a Don Jorge Juan el nombramiento que ha hecho el Rey en su persona, de Embajador de España en la Corte Marroquí.

El nombramiento de Jorge Juan, marino científico, es uno de los mayores aciertos que se tuvieron en todo el asunto de Marruecos. Sus prendas personales eran sobradamente conocidas y entre ellas destacaba su carácter noble.

En la historia de "Una Embajada en Marruecos", cuenta Jorge Juan su viaje por tierras africanas. Los árabes se volcaron en homenaje al representante de Carlos III y en protestas de su amor al Rey de España".

Con todo entusiasmo, el día 28 de Mayo de 1767, correspondiente al día 12 de la luna de Almoharran, año de 1181 de la Era Mahometana, se llevó a cabo la firma del Tratado hispanomarroquí. En él se daban todas las facilidades para el comercio entre las dos Cortes, se incluía una cláusula, según la cual, aun en caso de guerra terrestre, no se romperían las hostilidades por mar.

Entre festejos y agasajos, siguió Don Jorge Juan en Marruecos hasta el día 17 de Junio, en que se retira, siendo sustituido en la Corte de Marruecos por Don Tomás Bremond y Linares.

Era Bremond, Secretario de Don Jorge Juan, hombre no demasiado idóneo, y quizás, poco apropiado para el cargo que iba a desempeñar. El Padre Bellido y Prattisi ati, vice cónsul de Tánger, se enemistaron pronto con él.

Durante los momentos siguientes a este tratado, las relaciones hispano-marroquíes no pudieron ser mejores. Incluso se llegó durante este período, que va de 1768 a 1769, a una tirantez diplomática entre Marruecos e Inglaterra, que un Embajador más capacitado que Bremond hubiera sabido aprovechar, para provocar un conflicto serio entre ambas potencias, que hubiese favorecido en gran manera a España. Y sin embargo partió del propio Sidi Mohamed el ofrecerse a los españoles pa-

ra el caso de una posible ruptura entre España e Inglaterra, siempre que no tuviese que salir de su neutralidad.

II. El planteamiento del conflicto.

Entre tanto en el ánimo del Emperador Marroquí no había cesado de incubarse el deseo de apoderarse de los presidios menores españoles en tierra africana, deseo que estaba latente en el mismo tratado de amistad hecho con España, porque sólo así se explica el interés marroquí de dejar bien sentado que una guerra terrestre no debía interrumpir la buena amistad entre las dos naciones.

Tales propósitos hicieron que, poco a poco, se fueran animando los marroquíes y que, en 1769, atacaran y conquistaran Mazagan, posesión africana portuguesa.

El representante español Bremond se inquietó, al ver cómo los marroquíes atacaban presidios africanos de naciones europeas lo que podía suponer un peligro para los españoles en África, porque, iniciado el camino de conquistas marroquíes, no se podía asegurar dónde terminarían.

El Emperador marroquí supo maniobrar con habilidad, para distraer la atención de Bremond y, fingiendo

una amistad aparatosa, atendiendo a engañar al gobierno de Madrid, pidió permiso para negociar con nuestras colonias americanas -que naturalmente le fué denegado- y, después, solicitó crear una casa de la Moneda asesorado por los españoles. Grimaldi, con estas peticiones, se sintió tranquilizado y no hizo caso de los continuos avisos que le dirigió Bremond, que veía cercano el ataque a nuestros presidios.

Cuando más confiado estaba el Gobierno español, se recibió una comunicación en la que Sidi Mohamed planteaba la posibilidad de verse obligado a atacar Ceuta, aunque manifestaba su deseo de que, en caso de llevar a cabo tal ataque, no se habría de suponer por ello que dejase de ser amigo de España. La comunicación era realmente sorprendente y no extraña que Grimaldi, que nunca pudo creer que el marroquí estuviese hablando en serio, se desconcertase.

Como consecuencia, se produjo un estado de tensión que se procuró aliviar mediante una entrevista en Gédula entre el Emperador y Bremond, la entrevista se realizó y fué aprovechada por Sidi -Mohamed para enviar al Embajador español con unos regalos para Carlos III. Con semejante maniobra el marroquí conseguía lo que se había propuesto; alejar a Bremond de Marruecos.

Mientras éste parte a desempeñar su misión, queda como interino Don Isidro Romero Berganza, quien engañado por la actitud amistosa de Sidi Mohamed, dá las mayores seguridades de paz a la Corte de Madrid.

Patissiati, más sagaz, clama en vano que el peligro es inminente. Sin embargo sus augurios no podían ser más realistas.

III. La declaración de guerra.-

El 19 de Septiembre de 1774 es declarada la guerra por Marruecos, y el 23 de Octubre es confirmada por España. De este mes de Octubre son las primeras noticias que encontramos en la correspondencia privada de Grimaldi, que tan ampliamente trata otros puntos. (170)

"Acabamos de romper la paz con el Rey de Marruecos", -dice Grimaldi-, y las causas de este rompimiento son suficientemente claras: el deseo marroquí de tomar las plazas españolas.

Según opinaba un relevante personaje de la época, el Conde de Fernán Núñez, en esta guerra no andaba muy ajena la mano de Inglaterra: "Muchos creen que esta

(170) Grimaldi a Bucarelli. San Lorenzo, 26 de Octubre 1774. A.G.I., Indif. Gral. 1630.

irregular conducta del Emperador de Marruecos, fué sugerida por la Corte Inglesa para ocupar a España a fin de impedirle pudiese dar socorro a sus colonias de América, que empezaban ya a sublevarse." (171). En efecto, esta opinión no es absurda ni mucho menos. Inglaterra, harto preocupada por sus problemas ultramarinos, nada podía ver con más agrado que un rompimiento de hostilidades que podía distraer a la nación española de los problemas americanos y dejar, así, de prestar una ayuda a los colonos ingleses, que Inglaterra sabía no dejaría de dar por diversas causas.

El 9 de Diciembre los marroquíes sitiaron Melilla, muy mal fortificada (172).

El momento era peligroso, Grimaldi creía que el Emperador "se contentará por ahora con sitiar también a los Presidios menores, dexando al parecer para más adelante la Empresa de Ceuta y Orán" (173). España se dispuso a la defensa y adoptó las necesarias disposiciones (174), aunque en la creencia de que "ninguna bastará pa-

(171) FERNAN NUÑEZ, Conde de: "Vida de...", pág. 212.

(172) "Siguiendo el Rey de Marruecos su designio de apoderarse de las plazas de España en África, ha puesto sitio a Melilla". Grimaldi a Bucarelli, Madrid, 24 Diciembre 1774.

{173} Carta de la nota anterior.

{174} "Por nuestra parte se dan todas las disposiciones convenientes para frustrar sus intentos". Carta anterior.

ra defender a Melilla, si tienen ellos (como se cree) oficiales expertos, pues no ignorará V.E. la poca capacidad y desventajada situación de aquella plaza" (175).

Este pesimismo se acrecienta a medida que pasaban los días. A finales de enero, Grimaldi comunicaba: "Prosigue el sitio de la plaza de Melilla... Si los moros consiguen llevar a su Campo la Artillería gruesa, con dificultad resistirá la Plaza" (176).

Como se vé, en España eran pocas las ilusiones que se tenían de que Melilla pudiese siquiera resistir algún tiempo. Pero, contra toda previsión, el Comandante de la Plaza, Don Juan Sherland, la defendió magistralmente, apoyado desde el mar por los refuerzos que le había llevado Don Francisco Hidalgo de Cisneros. Así, cuando el 13 de Febrero, después de muchos preparativos en el campo moro, se produce el ataque general contra la plaza, a pesar de lo que todos esperaban, dicho ataque fracasó rotundamente.

El Emperador de Marruecos, que todo lo fiaba de este sitio, quedó deshecho con el fracaso de su intento. El 18 de Marzo de 1774, pide la paz, y Grimaldi, dando

(175) Grimaldi a Bucarelli. Madrid, 24 Diciembre 1774. A.G.I., Indif. Gral. 1630.

(176) Grimaldi a Bucarelli. El Pardo, 25 Enero 1775. A.G.I., Indif. Gral. 1630.

por buenas las excusas presentadas, acepta su petición.

IV. La expedición a Argel

En España, entre tanto, se habían hecho preparativos para una expedición de castigo.

La expedición se destinaba inicialmente a Marruecos; pero, firmada la paz, surge una divergencia entre el Secretario de Estado, Grimaldi, y el conde de Aranda. Grimaldi opinaba que en caso de querer aprovechar las fuerzas reunidas, había que dirigir las contra el Bey de Argel, que había sido el instigador del Sultán. Aranda, por el contrario, opinaba que los gastos hechos en los preparativos invitaban a olvidar la paz y persistir en el propósito de escarmentar al Sultán de Marruecos. (177)

Entonces el Rey intervino personalmente en la disputa y, desgraciadamente para Grimaldi, apoyó la teoría de su Ministro de Estado. Así se decidió que la expedición de castigo se dirigiera contra Argel.

Los preparativos de esta expedición, se llevaron a cabo de la manera menos cuidadosa del mundo. En ningún

(177) RODRIGUEZ CASADO, Vicente: "Política marroquí....."
pg. 230.

momento se guardó el secreto, y los argelinos sabían incluso hasta el día en que los barcos españoles se presentarían en sus costas. Por otra parte, el mando, que se ofreció en primer lugar a D. Pedro Ceballos, quien, como quiera que este pidiese muchos hombres, se ofreció después a O' Reylli, que, dominado por un irreflexivo optimismo, creyó que le bastarían la mitad, fiando su plan de campaña a un ataque sorpresa. Lo peor era que la sorpresa no cabía, cuando todos conocían los preparativos y el destino de la expedición, con lo que su plan estaba condenado, de antemano, al más rotundo fracaso.

Salen por fin nuestras tropas y, cuando llegan a las costas argelinas, el sorprendido es el General español, que contempla cómo los súbditos del Bey argelino se encuentran esperando la sorpresa que O'Reylli les tenía preparada.

Como dice Fernán Núñez, se salió de España sin tomar medidas "ni teneæ premeditado nada para el caso de no lograr la sorpresa, fiándose sólo ciegamente de las esperanzas de ella una expedición de esta clase e importancia" (178). El 7 de julio se produjo la derrota. La descripción que de este rotundo fracaso hace Fernán Nú-

(178) FERNAN NUÑEZ, Conde de: "Vida de...", pág. 212.

ñez, testigo presencial de todo, es verdaderamente lamentable.

Es natural por tanto, que él, en cierto modo, responsable máximo de la empresa, Grimaldi, no quiera ni hablar del asunto (179); y, sin embargo, era preciso encararse con el futuro. Grimaldi, que lo reconocía así, se encargó de precisar: "Aun no se ha determinado lo que debe hacerse en las actuales circunstancias; pero se está tratando con la maduración y examen que requiere el asunto" (180).

De momento nadie se consolaba, ni los elementos oficiales (181), ni el pueblo, que se encontraba exasperado. Por eso, cualquier incidente podía provocar la agravación del conflicto. Y el incidente se produjo cuando, inoportunamente, "publicó la Gaceta de Madrid una información falsa y tergiversada de lo sucedido. Sólo sirvió para encrespar aun los ánimos de la gente"(182).

-
- (179) "Lo que ha ocurrido con los Africanos en la presente Guerra por lo que mira a la Expedición de Argel, lo verá V.E. en las adjuntas Gacetas". Grimaldi a Bucarelli, San Ildefonso, 26 Julio 1775.
- (180) Grimaldi a Bucarelli. San Ildefonso, 27 Julio 1775.
- (181) "Exmo. Amigo: El dinero que V.E. enbía consolará un poco el malogro de nuestra expedición Africana". Carta de la nota anterior.
- (182) RODRIGUEZ CASADO, Vicente: "Política marroquí..." pág. 243.

La desgracia de esta expedición, acarrió la caída de Grimaldi que había sido el protector de O'Reylli y el promotor del castigo al argelino. Por otra parte, "la nación entera estaba disgustada con tener a un extranjero en el puesto más delicado de la Gobernación del Estado" (183). Y aunque Carlos III hizo todo lo posible por su ministro, nada pudo contra la opinión popular; porque, como dice Dánvila, "desde los lamentables acaecimientos de 1766, que produjeron la estrepitosa caída e inmediata emigración del Marqués de Squilache, Secretario de Hacienda, no se había repetido una manifestación de la opinión pública tan general y tan importante como la que tuvo lugar en 1775 con motivo del desastre de la expedición contra Argel" (184).

.-----:o o o:-----.

(183).- RODRIGUEZ CASADO, "Política Marroquí..." pág. 243.

(184).- DANVILA Y COLLADO, Manuel: "Reinado de..." to IV, págs. 263-4.

E P Í L O G O .

LA CAIDA DE GRIMALDI.-

Con lo expuesto anteriormente, se puede decir que todos los temas relativos a la política europea, que figuran, en la correspondencia de Grimaldi y Bucarelli, han sido tratados. Quizás no lo hayan sido con gran amplitud, pero esta tesis de Licenciatura no pretende en modo alguno ser exhaustiva, sólo intenta dar una idea general de lo que Grimaldi opinaba de la política de su tiempo.

Este político, cuyos mejores años, o por mejor decir, cuya vida había transcurrido al servicio de España, contaba con enemigos poderosos y nada podía ya detener su caída. Don Jerónimo de Grimaldi era, aparte sus condiciones políticas, "de carácter flexible, suave en el trato y deferente con el Soberano" (185); pero su condición de extranjero hacía que en España nunca hubiese gozado de las simpatías populares. Las intrigas de la Camarilla del Príncipe de Asturias, el desastre de Argel y los choques que empezaron a surgir con Portugal, hicieron que el Secretario de Estado presentase su dimi-

(185) DANVILA M COLLADO, Manuel: "Reinado de...", tº V, pág. 269.

sión el 7 de Noviembre de 1776. Carlos III, comprendiendo que ya no podía seguir sosteniendo a este Ministro en el puesto que ocupaba, aceptó su dimisión.

Hemos visto, a lo largo de los distintos capítulos, cómo Grimaldi procuraba prever los acontecimientos y salir a su encuentro. Sin embargo, cuando le llega el momento de abandonar España, no supo reaccionar. Parece como si no hubiese creído que esto podría acontecerle a él nunca.

Aun así, supo presentar favorablemente su dimisión: "Lo mucho que he trabajado en mi vida y el hallarme en edad avanzada, me ha hecho solicitar de S.M. repetidamente recompense mis méritos concediéndome la gracia de exonerarme de mis pesados cargos, para poder retirarme a descansar. Por fin se ha dignado S.M. a atender a mi umilde y eficaz súplica, y me mandó exponérsela por escrito, sin duda para tener motivo de honrarme por escrito, en la adjunta copia del Papel que de su Real Orden me pasó el Sr. D. Manuel de Roda, y que hallará V.E. al pie de mi Representación que también incluyo" (186).

Por el contexto parece que Grimaldi, en efecto, está más que satisfecho y que sus deseos se han cumpli-

(186) GRIMALDI A BUCARELLI. San Lorenzo, 27 de Noviembre de 1776. A. G. I., Indif. Gral. 1630.

do del todo. Incluso se atreve a añadir, en una superflua manifestación de alegría: "Si necesita V.E. de dispensas y breves, podré ahora servirle; estoi loco de contento de mi suerte bien dichosa a mi avanzada edad mande V.E. a su amigo y servidor" (187).

En efecto, su edad -65 años- era avanzada; pero de más edad que él había hombres desempeñando distintos puestos del Gobierno en el reinado del Rey Carlos.

Una vez que el Rey le concedió la embajada en Roma, sólo le quedaba a Grimaldi esperar a que llegase Don José Moñino, que venía a ocupar su puesto: "y, yo me despido de V.E. para mi Embaxada de Roma, a donde pasaré en breve, pues mi sucesor llegará aquí a mediados del mes próximo" (188).

Con estas palabras se puede cerrar la correspondencia de este Ministro, genovés de origen, pero de corazón español. Entre los hombres de valor de su época había ganado, por sus condiciones, grandes amigos; por eso no es extraño que Don Antonio Ma de Bucarelli, con quien había estado en contacto durante diez años, lo

(187) Grimaldi a Bucarelli. San Lorenzo, 27 de Noviembre de 1776.

(188) Grimaldi a Bucarelli. San Ildefonso, 25 de Enero 1777.

apreciase sinceramente; y, así, en la última carta que, desde Méjico, le dirige a Don Jerónimo, no puede menos de lamentarse: "...me satisface poco lo que me dice V.E. la proximidad de su paso a Roma y Yo quisiera a V.E. más tiempo en España en todas y a todas distancias seré amigo reconocido de V.E. y nada me será más grato que su memoria y que conozca V.E. que Bucarelli no ha variado de conducta ni de ideas, porque subsiste en las mismas que salió de Madrid sin embargo de que haya durado y dure esto más tiempo del que devió esperar" (189).

Y otro de sus contemporáneos, Fernán Núñez, dice -después de hablar de su salida como Embajador a Roma- que el Rey "confirió a más de esto a Grimaldi el título de Duque, y la grandeza de España de primera clase distinciones a que era muy digno por su cuna y sus servicios" (190).

Estos dos textos nos dicen claramente qué opinión merecía Don Jerónimo de Grimaldi a los que lo trataban de una manera imparcial, sin tener motivos para prejuzgarlo, a un político que durante varios años ocupó un cargo tan importante en España.

(189). Bucarelli a Grimaldi; Méjico, 28 Abril 1777.

(190) FERNAN NUÑEZ, Conde de: "Vida de...", pág. 73.